

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

JULIO-AGOSTO, 1947

SUMARIO

STEPHEN SPENDER: POESIA Y POLITICA

¶ ENRIQUE ESPINOZA: SENTIDO SOCIAL

DE MARTIN FIERRO ¶ GONZALEZ VERA:

CUANDO ERA MUCHACHO ¶ FAUSTO SO-

TO: EL RETIRO ¶ LAIN DIEZ: LA GENE-

RACION DEL AÑO VEINTE ¶ VICTOR

SERGE: EL VIEJO ¶ LEON TROTSKY: LA

FAMILIA DECLERC

SANTIAGO **40** DE CHILE

Babel

ALGUNOS NUMEROS ESPECIALES:

N.º 18.—HOMENAJE A W. H. HUDSON

ENRIQUE ESPINOZA / *La reconquista de Hudson*.— LUIS FRANCO / *Hudson en la Pampa*.— MANUEL ROJAS / *El animismo de Hudson*.— ERNESTO MONTENEGRO / *Hudson, novelista de la Naturaleza*.— HERNÁN GÓMEZ / *Por el rastro de Hudson*.— CIRO ALEGRÍA / *Una lección de Hudson*.— Páginas escogidas de Hudson.

N.º 26.—SOBRE LA CUESTION JUDIA

WALDO FRANK / *El judío en nuestro tiempo*.— B. SANÍN CANO, ERNESTO MONTENEGRO, ARTURO CAPDEVILA, J. GARCÍA MONGE, VÍCTOR SERGE / *Sobre la cuestión judía*.— JEAN MALAQUAIS / *Marianka* (cuento).— GUSTAV REGLER / *Los niños del Ghetto* (versos).— JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI / *El renacimiento judío*.— ENRIQUE ESPINOZA / *Mester de Judería*.

N.º 28.—LA GENERACION DEL AÑO VEINTE

CARLOS VICUÑA / *El año veinte*.— SANTIAGO LABARCA / *La generación del año 20*.— EUGENIO GONZÁLEZ / *Juventud veinteañera*.— DANIEL SCHWEITZER / *Juan Gandulfo*.— MANUEL ROJAS / *Recuerdos de José Domingo Gómez Rojas*.— GONZÁLEZ VERA / *Estudiantes del año 20*.— ENRIQUE ESPINOZA / *Colofón*.

N.º 34.—HOMENAJE AL PUEBLO ESPAÑOL

En el décimo aniversario de su resistencia

ARTHUR KOESTLER / *La sedición*.— LUIS FRANCO / *Don Paquilo*.— ENRIQUE ESPINOZA / *Conciencia histórica*.— JUVENCIO VALLE / *Laurel a Pasionaria*.— MANUEL ROJAS / *Diez años*.— BERNARDO CLARIANA / *Oídllos cantar por la Casa de Campo*.— VINCENT SHEEAN / *El último voluntario*.— MAURICIO AMSTER / *La rama y el retoño*.

N.º 36.—HOMENAJE A PEREZ ROSALES

GONZÁLEZ VERA / *Vicente Pérez Rosales*.— ERNESTO MONTENEGRO / *Los Recuerdos del Pasado*.— LUIS FRANCO / *San Martín y un testimonio chileno*.— ARMANDO LIRA / *Pérez Rosales, dibujante y pintor*.— LAIN DIEZ / *Pérez Rosales, minero*.— EUCLIDES GUZMÁN / *Cuando en Chile se prefabricaban casas*.— ENRIQUE ESPINOZA / *Reconocimiento argentino*.

GUIA DE LIBREROS

LIBRERIA APOLO

Pasaje Matte 88 - Tel. 66727

TODO LO QUE SE
LEE EN ESPAÑOL

LIBRERIA NASCIMENTO

San Antonio 240 - Tel. 32062

LAS MEJORES EDICIONES
NACIONALES Y EXTRANJERAS

LIBRERIA CRUZ DEL SUR

Bandera 445 - Tel. 88118

EDICIONES CRUZ DEL SUR

LIBRERIA PLUS ULTRA (Ex-Librería Ercilla)

Agustinas 1639 - Tel. 62222
Casilla 9351

LIBROS EN TODAS LAS RAMAS
DEL SABER HUMANO

LIBRERIA CULTURA

Catedral 1039 - Tel. 68813
Casilla 4130

AHORA A VEINTE PASOS DEL
CORREO Y DE LA PLAZA DE
ARMAS

LIBRERIA SALVAT

Agustinas 1043 - Tel. 84734

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA
GENERAL

EDITORIAL DEL PACIFICO

— S. A. —

Ahumada 57 - Teléfono 89166
Casilla 3126

LIBRERÍA.—SALA DE
EXPOSICIONES

LIBRERIA SENECA

Huérfanos 836 - Tel. 23698
Casilla 13171

LIBROS TÉCNICOS Y
LITERATURA EN GENERAL

LIBRAIRIE FRANCAISE

Estado 36 - Tel. 80504
Casilla 43 D.

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y
LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS.
EN LENGUA ESPAÑOLA TODAS
LAS NOVEDADES

LIBRERIA CORCEL

Corrientes 1681 Buenos Aires

OBRAS ARGENTINAS Y
AMERICANAS EN GENERAL

LIBRERIA LA OCASION

San Diego 125 - Tel. 89608

LIBROS RAROS, EDICIONES
CHILENAS AGOTADAS

LIBRERIA CRUZ DEL SUR

Apartado 111 Caracas

ACEPTA REPRESENTACIONES
DE LIBROS EN VENEZUELA

EL LIBRO: UN REGALO DIGNO Y PERDURABLE. PREFIERALO Y ELIJA LO ENTRE LAS EDICIONES NACIONALES \ CAMARA DE EDITORES DE CHILE

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
LIBRERIA UNIVERSITARIA

Edificio de la Universidad de Chile, Alameda B. O'Higgins N.º 1058,
 2.º Piso, Casilla 10 - D. Teléfono 82451

OBRAS EN VENTA APARECIDAS RECIENTEMENTE:

ANABALON S., Carlos, Tratado Práctico de Derecho Procesal Civil Chileno, 2 gruesos volúmenes.....\$ 400.-	GONZALEZ, Angel Custodio Del Amor Cautivo (Sonetos) Premio de la Sociedad de Escritores de Chile. Poesía inédita.....\$ 35.-
DOMEYKO, Ignacio, Memorias (Recuerdos de un emigrado). Vol. I.—Traduc- ción al castellano de la ver- sión francesa por D. Manuel de Ferrari (Juan Carrera).. 60.-	JESCHKE, Hans La generación de 1898 en España. Traducción y notas de D. Y. Pino Saavedra... 50.-
GAETE B., Alfredo, y otros La Seguridad Social..... 40.-	MARSHALL, Enrique La Ciencia de la Economía, 2.a edición. 2 tomos..... 160.-

SE RECIBEN OBRAS EN CONSIGNACION - SE HACEN
 ENVIOS CONTRA REEMBOLSO - SOLICITE CATALOGOS

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera,

Lain Díez y Mauricio Amster (Gerente)

Precio del número.	\$ 10 mlch.
Suscripción a 6 números.	\$ 50 mlch.

FUERA DE CHILE:

Precio del número.	0,35 u/s.
Suscripción a 6 números.	2,00 u/s.

Toda la correspondencia de BABEL debe
 dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Stgo.
 Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster

Mauricio Amster

diseños tipográficos para publicaciones

y propaganda

PLAZA BULNES 79, Dep. 115

Teléfono 84411

Para

Cambios y Viajes

consulte

a

C A M B I T U R

HUÉRFANOS 1063 / TELÉFONO 64274

Viajar

A BUENOS AIRES NO CONSTITUYE
UN PROBLEMA

UD. PUEDE HACERLO EL DIA QUE LO DESEE

La Línea Aérea Nacional mantiene un
servicio diario de aviones modernos entre Santiago y
Buenos Aires que cubren la distancia que separa a
estas dos capitales en un cómodo viaje de 3½ horas.

LINEA AEREA NACIONAL. CHILE

Optica ROTTER

CASILLA 72

AHUMADA 268 — SANTIAGO

ESTABLECIMIENTOS

GASTON RUDDOFF S. A.

*Confecciones finas para caballeros,
jóvenes y niños*

SANTIAGO, SALVADOR SANFUENTES 2853

FONOS 90274 y 94298

Los Grandes Poetas

ANTOLOGIA POETICA UNIVERSAL

selección de FRANCISCO GALANO

EDICIÓN RÚSTICA. . . . \$ 80.—

EDICIÓN ENCARTONADA . . \$ 150.—

EDICIÓN EN PAPEL BIBLIA,

EMPASTADA EN CUERO . . \$ 250.—

EN TODAS LAS LIBRERIAS

Colaboradores

STEPHEN SPENDER.— Poeta inglés contemporáneo. Actuó durante la guerra civil española en el sector republicano y fué miembro de la delegación de su país al congreso internacional de escritores. Muy pocos de sus poemas y ensayos han sido traducidos a nuestro idioma. En México se ha publicado: «Joven camarada» (Ediciones Espiga) y en el número 2 de BABEL: «El punto de vista moderno».

ENRIQUE ESPINOZA.— «El sentido social de Martín Fierro» es el texto revisado de una conferencia leída en la Universidad de Chile diez años atrás; pero que nunca fué publicada entre nosotros. Forma parte de un libro inédito titulado: *El espíritu criollo*. Véase en los números 13 y 14 de BABEL: «La escuela de Sarmiento» y en una próxima entrega: «La síntesis genuina de Lugones.»

GONZÁLEZ VERA.— El autor de *Alhué y Vidas mínimas* ha publicado en BABEL antes de «Cuando era muchacho...», los siguientes capítulos de la misma serie: «Aprendiz de barbero» (N.º 39); «En el Club de Septiembre» (N.º 37); «Mis relaciones con la religión» (N.º 35) y «Estudiantes del año veinte» (N.º 28). Otros más aparecerán en números sucesivos.

FAUSTO SOTO.— Poeta y diplomático chileno. «El Retiro», como el poema, también en tercetos, titulado «Viaje en densidad», que publicamos en el número 33 de BABEL pertenece a su libro *Preludio nuestro*, editado en México y que no ha circulado entre nosotros por razones ajenas a la voluntad del autor.

LAÍN DIEZ.— Pertenece al comité asesor de BABEL en cuyas páginas ha publicado: «Renta, selección, aptitud» (N.º 14); «Depauperación y concentración del capital» (N.º 19); «Del materialismo histórico» (N.º 21); «Raza calumniada» (N.º 23); «La Nueva Alemania» (N.º 25); «Don Pedro Godoy» (N.º 31); «Pérez Rosales, minero» (N.º 36). Otros trabajos sobre la generación chilena del año veinte encontrará el lector en el número 28.

VICTOR SERGE.— Escritor francés de origen ruso, actualmente desterrado en México. Acaba de publicar bajo el título de *Les derniers temps* una novela en dos volúmenes (Editions de L'Arbre, Montreal). De Víctor Serge véase en BABEL: «Sobre la cuestión judía» (N.º 28); y «Letanía de la mañana» (N.º 33). Antes de «El viejo» publicamos «Así fué...» de Natalia Sedova (N.º 22) y Lev Davidovich, de Carlos Mayer (N.º 30), fuera del número especial (15-16) con trabajos de Edmund Wilson, Dwight Macdonald, Ciro Alegría, Manuel Rojas, etc.

LEÓN TROTSKY.— 1879 - 1940. Al cumplirse el séptimo aniversario de su asesinato en México una comisión de intelectuales norteamericanos integrada por John Dewey, James T. Farrell, Ferdinand Lundberg, Sidney Hook, etc., ha pedido al alcalde de New York una investigación especial en relación con las sensacionales revelaciones del exdirector del *Daily Worker*, Louis F. Budenz, uno de los cómplices morales de aquel crimen,

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

JULIO - AGOSTO 1947

AQUÍ SE CONFUNDE EL TROPEL
DE LOS QUE A LO INFINITO TIENDEN
Y SE EDIFICA LA BABEL
EN DONDE TODOS SE COMPRENDEN.

Rubén Darío

NUMERO 40 VOLUMEN X

SANTIAGO DE CHILE

NO ES LA PRIMERA VEZ QUE AFIRMO
QUE ALEMANIA SÓLO SE SENTIRÁ BIEN,
SOLO SE HABRÁ ENCONTRADO A SÍ MIS-
MA CUANDO CARLOS MARX ENCUENTRE
A FEDERICO HÖLDERLIN, ENCUENTRO QUE
POR LO DEMÁS ESTÁ A PUNTO DE REA-
LIZARSE. QUEDA POR AGREGAR, QUE TAL
ENCUENTRO RESULTARÍA ESTÉRIL SI EL
RECONOCIMIENTO NO LLEGARA A SER
RECÍPROCO.

THOMAS MANN.

Stephen Spender

POESIA Y POLITICA

DURANTE los últimos cien años, es decir, desde el período romántico, toda la poesía ha sufrido de un cierto desasosiego, casi de histerismo. Porque lo que da al movimiento romántico, a diferencia del mero romanticismo, su fuerza, es que fué el último gran intento de considerar la poesía como un medio de organizar la vida de la imaginación de modo que pueda comprender y ofrecer una solución a todos los problemas de la vida real. Keats juzgó con gran exactitud que la poesía creaba un mundo de la imaginación, un mundo muy rico y sensual, en el cual era posible vivir todas las experiencias de una vida entera. Shelley pensó que los poetas eran los «legisladores, no reconocidos, de la humanidad».

Pero después del movimiento romántico, los poetas del siglo XIX coinciden en tener conciencia de que la poesía no puede expresar en términos imaginativos el conocimiento científico, ni tampoco las preocupaciones mentales de una edad materialista. Shelley anunció la misión de la poesía en el siglo XIX al escribir: «Es necesario imaginar aquello que conocemos.» Y esto es lo que la poesía no supo hacer. Fluye de la poesía del siglo XIX el sentimiento, completamente nuevo, de que existe una experiencia central que escapa al poeta. Y todos los movimientos violentos de la poesía moderna pueden ser explicados en términos de esta conciencia, que es una herencia del siglo XIX, de que las condiciones de la vida moderna son en cierta forma irremediamente antipoéticas. Tennyson tratando, de un lado, de poetizar el conflicto entre evolución y religión, y de otro, volviendo los ojos a Merlín y al Rey Arturo como temas poéticos; Baudelaire invocando el enorme *ennui* de la edad materialista; y aun la actitud de *épater le bourgeois* de Rimbaud y Verlaine, son como atormentados ademanes de escritores cogidos en la misma red. Y lo que estos poetas tienen en común es un hondo pesimismo, un sentido de la desesperación por la inmensidad y la impotencia de los fines materiales, que se encuentra en sorprendente contraste con las prósperas condiciones externas de la época en que viven.

Otro síntoma de la literatura del siglo XIX es la de tener también conciencia de que el destino político del hombre

moderno es más extenso que la misma política, y hasta de que, en cierto sentido, la política moderna es poética. Lo que presta fuerza a la melancolía de Baudelaire y al pesimismo de Tennyson es la sensación de que no se trata de sensibilidades mórbidas mal dispuestas con su época, sino que políticamente, aunque fuera de la política, son profetas. Como poetas, juzgan la sociedad de su tiempo por los valores de la poesía, ven caos y desesperación donde según los pareceres de los políticos deberían ver florecientes industrias, provechosos adelantos y progreso general. Como poeta, Matthew Arnold resume el conflicto político de su tiempo así: «confusos sobresaltos de luchas y arrebatos, donde ignorantes ejércitos luchan en la noche.»

Los poetas del siglo XIX son más directamente poéticos cuando nos parecen más cercanos a su tema público, el cual nunca llegan a empuñar: el destino político del hombre, destino que ha perdido su enlace tradicional con la visión religiosa ortodoxa de la vida, y que no podría amalgamarse del todo al progreso científico. Al mismo tiempo, la poesía del siglo XIX está minada por dos clases de dudas: en primer lugar, la duda religiosa; y en segundo, una duda más insidiosa y corrosiva, la duda de si después de todo no será acertado el punto de vista progresivo, racional y materialista de la vida, y de si la misma poesía, el intento de sintetizar las experiencias de la vida en una corriente central de experiencia imaginativa, no será ya anacrónica. Y de si la vida, especializada, incoordinada, sin finalidad, no podrá florecer y acrecentarse conforme a reglas mecánicas y económicas de libre cambio y *laissez faire*, sin que las experiencias de una comunidad histórica tengan una significación análoga a la que otras épocas han encontrado en su vida comunal.

El siglo XX ha presenciado una dispersión aun mayor de los poetas en escuelas y movimientos, mientras que al mismo tiempo las profecías poéticas del siglo XIX se han cumplido. Ha habido tal desintegración de propósitos poéticos durante los pasados veinte años, que es difícil no pensar que dicha desintegración procede, o de un completo derrumbamiento de la poesía en la incoherencia, o de una reintegración alrededor de la idea de un tema social: la relación entre las luchas internas de un hombre y las formas externas de la sociedad.

Una parte de la complejidad de la vida moderna consiste en que el esfuerzo por alcanzar una existencia humana material y espiritual disciplinada y que tenga significación se realiza en planos muy diferentes: el científico, externo y socialmente

constructivo; el psicológico, o sea el del individuo adaptándose a las complejas formas de la sociedad moderna; el religioso, y el político. Evidentemente, es inútil darse cuenta de la importancia de uno de ellos sin relacionarlo con los otros. Y el hecho de que exista hoy en el mundo tanta gente que se dé cuenta de la importancia del planeamiento, por ejemplo, sin importarle nada la psicología o la vida espiritual de aquellas personas para quienes las cosas son planeadas; y de que exista gente religiosa que se interesa tan poco por el bienestar de la humanidad, que entienden la religión como una cruzada contra el socialismo y contra lo que llaman «materialismo», etc., etc.; y el hecho de que existan hoy tantos puntos de vista parciales, explica el inteligente cinismo de algunas gentes que aprenden a despreciar todos los puntos de vista.

Desgraciadamente, la poesía moderna sufre también de la tendencia que los poetas tienen a adoptar un aspecto del problema moderno a expensas de los otros aspectos. En un poeta como Auden, por ejemplo, puede notarse un movimiento de lo científico a lo psicológico, a lo político, y últimamente al aspecto religioso, en el orden que indicamos. En la poesía reciente de T. S. Eliot se nota la busca de un centro inexpugnable de experiencia religiosa quietista; pero cuando Eliot gira de este quietismo religioso a la política, se le ve contemplar los centros tradicionales de cultura en Europa ya en ruinas. Algunas de las poesías políticas de Eluard me parece que muestran una concentración similar en un solo aspecto de las cosas, pues en algunos poemas ocasionales produce la impresión de que el poeta ignora las tres cuartas partes de la existencia del individuo humano. Políticamente, los individuos podrán ser clasificados en negros demonios y cándidos ángeles; pero poéticamente tienen otros aspectos, y un poeta no puede permitirse descuidarlos.

Desde el movimiento romántico puedo por tanto descubrir en la poesía moderna un tema moral - político vasto y tenebroso, que obsesiona a la poesía como el espectro del comunismo obsesiona a Europa. Si el poeta moderno vuelve la espalda a este tema su poesía parece burlarse de él diciendo: «vuelvo la espalda a lo que está sucediendo a la humanidad.»

Los recientes acontecimientos, sin embargo, no sólo han cumplido las profecías que llenan la moderna poesía, desde *In memoriam*, de Tennyson, hasta *The Waste Land*, de T. S. Eliot, sino que han tomado la forma de un reto. No sólo la literatura, sino el mundo entero se encuentra ahora enfrentado con esta pregunta: «¿Deseas una integración o una desinte-

gración final?» Más allá de esta pregunta aparece el reto ulterior de que la integración sólo puede realizarse en la mente del hombre. No cabe echar remiendos con arreglos externos, ni cabe inventar métodos defensivos que invaliden los efectos de la maquinaria destructiva, y que difiera la muerte de nuestra civilización durante otra década. Ha llegado el momento en que tenemos que mirar los progresos materiales de un modo enteramente espiritual. Puede afirmarse que dentro de un corto y próximo período de años, una voluntad bien organizada y suficientemente fuerte que quiera destruir esta civilización encontrará los medios de hacerlo, y tenemos por tanto que dirigir nuestra atención no a la maquinaria sino a las mentes que están detrás de las máquinas.

La vida espiritual o intelectual de nuestra civilización ha adquirido, pues, repentinamente, una enorme importancia. Y los jefes políticos son casi incapaces de darse cuenta del pleno significado de esto. Ha caído repentinamente una enorme responsabilidad sobre los que pueden expresar por medio del arte la vida de la imaginación, para hacer imaginar a las gentes el trance moral en que se encuentra nuestro mundo. Aunque nunca debe indicarse a los poetas que dirijan su atención hacia determinado tipo de poesía, no puedo menos de pensar que el próximo y único movimiento de la poesía moderna debe ser el de la integración.



EL SENTIDO SOCIAL DE MARTÍN FIERRO

I

Desde la aparición de la primera parte del poema de José Hernández, a fines de 1872, el gaucho o peón de las estancias argentinas tiene nombre propio en la literatura nacional. Se llama Martín Fierro.

Detengámonos un momento en este nombre común: Martín Fierro. Pronunciado en dos tiempos, con cierto énfasis, como corresponde al apelativo de un personaje épico, se nos revelará de entrada su sentido social (y hasta socialista) en el recuerdo inevitable de la vieja expresión criolla: meta fierro, que aun perdura en nuestro lenguaje altivo. Como que «meta fierro al alambrado», para decirlo con mayor precisión, fué una de las consignas del gaucho cuando se vió reducido por los límites de la estancia que el poema evoca y pinta en forma insuperable, a una situación de asalariado permanente.

No importa que los eruditos sostengan que Martín Fierro fué sólo el mote con que José Hernández designaba a un amigo que tenía el mal gusto de llamarlo Pepe Lata. ¿Acaso pudo haber elegido aquél otro menos significativo? Lo cierto es que un autor no deja de tomar en cuenta todas las inflexiones a que se presta un nombre antes de adoptarlo. Particularmente, cuando se trata del que va a dar título a su obra. Seguro, pues, que Hernández vió también el reto que entrañaba el suyo: Martín Fierro. Sin embargo, ninguno debió parecerle más de acuerdo con el espíritu de sus cantos:

*Para los unos... sonidos
y los otros... intención.*

Ahora bien, como sobre los «sonidos» se ha acumulado en lo que va del siglo toda una literatura con su correspondiente retórica, que por razones de economía literaria no podremos tomar en cuenta sino de pasada, vamos a desentrañar la «intención» que surge del poema desde el nombre del héroe. Pues no se trata de una ocurrencia más o menos ingeniosa de

nuestra parte, sino del signo fundamental de la doctrina que se esconde bajo el velámen de los versos extraños, según el terceto dantesco invocado ya por Lugones:

*O voi ch'aveta gl'intelletti sani,
Mirate la dottrina che s'asconde
Sotto il velame degli versi strani!*

Esta doctrina puede probarse por partida doble. Primero, a través de algunas declaraciones coincidentes del propio autor y de sus editores. Segundo, mediante el testimonio elocuente de varios ilustres contemporáneos suyos que escribieron sobre el libro. Por si no bastara la inmensa popularidad del mismo, no igualada por ningún otro, ni siquiera por la Constitución...

*

José Hernández pertenece por nacimiento y formación a dos clases sociales distintas. Por el lado paterno, a la clase rural argentina, y por el lado materno a una familia patricia de origen francés. Con todo, el creador de Martín Fierro nunca llega a usar su segundo apellido: Pueyrredón. Es siempre simplemente José Hernández. Así como el Arcipreste de Hita no era más que Juan Ruiz.

El conocimiento del gaucho y del indio le vino a Hernández de haberse amantado junto a ellos en su chacra nativa de la provincia de Buenos Aires. Desde niño se hizo un gaucho precoz en el manejo del caballo, el facón y la guitarra. Joven aun, iba a competir en lo último con el hermano negro, pues se daban entonces también buenos payadores de color. En nuestra infancia porteña hemos conocido al famoso Gabino Ezeiza, a quien puso alguna vez a prueba Rubén Darío.

Antes de cumplir los dieciocho, José Hernández se alista a las órdenes de don Prudencio Rosas, hermano del terrible Juan Manuel y asimismo uno de los más ricos hacendados del Sur con estancia militarizada y todo.

Después de Caseros, a la caída de Rosas, Hernández pasa al servicio de Urquiza, que como estanciero es aun más rico que los hermanos Prudencio y Juan Manuel, y pelea como sargento mayor en Cepeda y Pavón.

En las provincias de Entre Ríos y Corrientes ensaya el periodismo y la política con bastante éxito. Pero al producirse la insurrección de López Jordán se pone de parte de este caudillo y con su fracaso tiene que escapar al Brasil.

De vuelta, a los pocos años, tras una nueva etapa de periodista en Montevideo, se entrega otra vez a la acción militante y es elegido diputado a la Legislatura de Buenos Aires. Entonces, en plena madurez ya, termina por encabezar él mismo una insurrección por otros medios que los militares de los estancieros de su época. Esta insurrección que estalla durante una fecunda semana de hotel, en Buenos Aires, es la insurrección simbólica que se conoce en nuestra literatura bajo el nombre de Martín Fierro. Su triunfo sin precedentes en la historia dramática del país es el primero que los campesinos, desengañados de tanto redentor agauchado, sienten como propio, a tal punto que identifican de inmediato a Hernández con su héroe. (Como lo hacemos nosotros mismos al titular nuestro trabajo: «El sentido social de Martín Fierro» y no de José Hernández.)

Pronto no quedará un rincón de la República donde la figura de Martín Fierro no sea familiar a grandes y pequeños. Millares y millares de paisanos sin expresión propia a través de los años, encuentran en él su intérprete y su guía, su caudillo y su cantor. La causa de Martín Fierro es su propia causa y aun los paisanos analfabetos tienen en su ranchos cuadernillos del *Martín Fierro* para hacérselos leer al primer huésped letrado a quien acierten a dar hospitalidad. Fuera de que surge en las pulperías de casi todos los pueblos el cantor profesional que resulta al fin su propagandista más eficaz.

Se cuenta que los pulperos del interior de la República pedían a sus proveedores de Buenos Aires entre sacos de yerba y cajones de velas tantos y tantos cuadernillos de la ida y vuelta del *Martín Fierro* como otros artículos de primera necesidad.

Mucho antes, pues, que lo certificaran con sesudas razones los literatos porteños, los paisanos comprendieron la superioridad de Hernández sobre sus predecesores en el cultivo del género gauchesco, como Ascasubi y Del Campo.

Por eso, en *El Payador*, Lugones pide justicia para el pueblo rural. «El fué — dice libre de toda demagogia — quien comprendió primero, correspondiendo con uno de esos éxitos que es otra grandeza épica.»

El mismo Hernández, tan poco ufano de la importancia artística de su creación, hasta gloriarse con las opiniones protectoras de algunos retóricos de su tiempo, se enorgullece precisamente de su innegable significación social, que hace discutir y discute bajo su propia firma.

Después de completar la segunda parte del *Martín Fierro* deja decir a sus editores, por su propia pluma quizá, en la advertencia de la décimocuarta edición:

«En efecto, cualquier observador dotado siquiera de sentido común, advierte que el señor Hernández, sirviéndose de una forma literaria, al parecer trivial, hace de *Martín Fierro* la historia de los infortunios de nuestro gaucho, penetrando con pensamiento de filósofo hasta lo más íntimo de la azarosa vida de una clase que bajo la dominación colonial como bajo la dominación republicana, sólo ha sido víctima de toda clase de abominaciones. De ahí la inmensa popularidad de que goza en las comarcas rurales el libro del señor Hernández porque no es como las obras de Ascasubi y *Del Campo*, simples obras de entretenimiento, sino el estudio social más completo, más exacto y más bien intencionado que se ha llevado a cabo entre nosotros.»

La décimocuarta edición del *Martín Fierro* es de 1895, cuando se llevaban vendidos setenta y dos mil ejemplares del poema sólo en Buenos Aires, desde 1872 hasta 1894.

Un extraordinario novelista de lengua inglesa, Guillermo Enrique Hudson, nativo de la Pampa, de donde salió para Londres hombre hecho y derecho alrededor de la primera de las dos fechas mencionadas más arriba, escribe poco después de la segunda, en el apéndice de su cuento universalmente conocido bajo el nombre criollo de *El Ombú*, algo que confirma del todo la visión de Hernández:

«El gaucho carece o carecía en absoluto de todo sentimiento de patriotismo y veía en cualquier gobernante, en toda autoridad, desde la más alta a las más baja, a su principal enemigo y al peor de los ladrones, dado que no sólo robaba sus bienes sino también su libertad. Nada le importaba que su país fuera tributario de España o de Inglaterra y que la persona designada por alguien allá lejos — gobernador o virrey — tuviera los ojos negros o azules. Al terminar la dominación española se vió que había trasladado su odio a las camarillas gobernantes. Cuando los gauchos se adhirieron a Rosas y le ayudaron a escalar el poder, se imaginaron que él era uno de ellos y que les daría aquella absoluta libertad para vivir sus propias vidas a su propio modo que era todo su deseo. Se dieron cuenta del error cuando ya era demasiado tarde.»

Hudson anota el fenómeno, pero no la causa.

No es aventurado, por tanto, atribuir a Hernández una conciencia cabal de la significación de su obra y menos suponerlo en íntimo acuerdo con aquellas justicieras palabras de

sus editores sobre *la azarosa vida de una clase que bajo la dominación colonial como bajo la dominación republicana ha vivido víctima de todo género de abominaciones*. Varias cartas y artículos publicados con su firma nos autorizan a pensarlo. Por ejemplo, este fragmento en respuesta al historiador Pelliza, que aparece en el prólogo de la octava edición:

«Quizá tenga razón el señor Pelliza al suponer que mi trabajo responde a una tendencia dominante de mi espíritu, preocupado por la mala suerte del gaucho. Mas las ideas que tengo al respecto las he formado en la meditación y después de una observación constante y detenida.»

Y siempre dirigiéndose a sus editores, es decir, aclarando sus ideas ante el lector, agrega:

«Para mí la cuestión de mejorar la condición social de nuestros gauchos no es sólo cuestión de detalles de buena administración, sino que penetra algo más profundamente en la organización definitiva y en los destinos futuros de la sociedad y con ella se enlazan íntimamente, estableciéndose entre sí una dependencia mutua, cuestiones de política, de moralidad administrativa, de régimen gubernamental, de economía, de progreso y de civilización.»

Pero ya en 1868, en su diario *El Río de la Plata*, Hernández stampa los siguientes párrafos:

«En la campaña el ciudadano está sometido a los caprichos de ensoberbecidos caudillejos que abusan de la debilidad y del aislamiento. Su seguridad depende de sus medios de defensa. Y en cuanto al sufragio electoral, tiene gratuitos directores de conciencia.

»¿Acaso la ley ha consentido que haya hijos y entenados en territorio argentino?

»Por ese camino sinuoso nuestros gobiernos conspiran contra la suerte de la campaña, fomentan en ella vicios que más tarde producen convulsiones sociales, y en vez de propender a llevar a la campaña una población laboriosa y activa, propenden a la despoblación y al aislamiento.

»¿O cree el gobierno que es lícito alguna vez apartarse de la ley, desviarse de la justicia y atentar contra los derechos del ciudadano? Ignórase que no hay derecho más sagrado que la resistencia a la opresión injusta y arbitraria, venga de donde viniere.»

Nadie puede llamarse a engaño con este lenguaje inequívoco. Por lo demás, otra página de Hernández escrita muchos años después y que tampoco puede ser tachada de circunstancial o improvisada, porque pertenece a su libro en prosa,

Instrucción del Estanciero, también único, nos muestra el mismo pensamiento en toda su amplitud.

Tal vez sea oportuno hacer notar aquí, entre paréntesis, que la *Instrucción del Estanciero* es una considerable memoria oficial aparecida en 1884 con el carácter de tratado agropecuario. Hernández había rehusado un año antes la socorrida misión oficial de estudio en Europa. Consciente también del significado particular de esos viajes por cuenta del fisco, tan perseguidos siempre por hombres de menos escrúpulos, Hernández ofreció en cambio a los gobernantes de su país dicho trabajo de gran utilidad, en cuya página 380 encontramos estas asombrosas palabras, no sólo a propósito del trabajador rural de la Pampa, sino de varias regiones de América, desde México a la Argentina.)

Dice Hernández textualmente:

«En toda la América Latina con una sola excepción que es Chile [lo discutiremos en seguida] domina la costumbre secular de mantener en el más completo abandono a las clases proletarias que son sin embargo la base nacional de la población, su fuerza en la guerra y su garantía en la paz. El *lépero* de México, el *llanero* de Venezuela, el *montubio* del Ecuador, el *cholo* del Perú, el *coya* de Bolivia, el *gaucho* argentino no han saboreado todavía los beneficios de la independencia, no han participado de las ventajas del progreso, ni cosechado ninguno de los favores de la libertad y de la civilización.»

Tremendas palabras que subrayan aun otras que no citaremos para no abusar más de las transcripciones, pero que tienen hoy la misma actualidad que cuando fueron escritas y publicadas por cuenta del gobierno argentino. Sólo es discutible, según advertimos, la excepción que Hernández hace para el roto chileno.

A pesar de las grandes leyes sociales de Chile, el roto no está ni estuvo ayer mejor que sus desheredados hermanos del continente. Esto después de algunos años de residencia en Santiago, tenemos que declararlo lealmente. Decir lo contrario, sería caer en la adulación interesada de los retóricos del hispanoamericanismo que cierran los ojos a la realidad.

Más fácil nos resulta explicar el ligero error del argentino. Cuando Hernández escribía su *Instrucción del Estanciero*, Chile acababa de salir triunfante de la guerra del Pacífico y las provincias conquistadas al Perú prometían enriquecer a los vencedores. La embriagadora etapa no sólo engañó a Hernández sino a muchos testigos más próximos.

El ligero error de Hernández en nada amengua su visión particular del paisano argentino, a través de cuyo regionalismo alcanza lo universal del hombre del pueblo en lucha contra las flamantes autoridades expoliadoras. De ahí precisamente el eco incomparable que Martín Fierro encuentra dentro y fuera de su país y que no dejan por cierto de observar sus colegas menos remisos.

Vamos a demostrarlo por así decir cronológicamente, aduciendo los testimonios, que prometimos, de varios ilustres contemporáneos de Hernández — estadistas, historiadores, literatos —. Porque el eco inmediato del *Martín Fierro* alcanzó a entusiasmar a algunos personajes de figuración, si bien tuvo la resistencia obligada de los académicos coloniales que lo atacaron justamente por lo mismo que decían admirar en la literatura clásica de España.

Entre los diversos juicios de los que reconocieron los méritos del poema y que el mismo Hernández o sus editores coleccionaron en las últimas páginas de las sucesivas ediciones del poema, queremos destacar en primer término una opinión reticente del general Mitre. Al traductor de la *Divina Comedia* no se le escapa ciertamente la índole social del *Martín Fierro*, mas subraya su disentimiento con estas palabras que confirman lo que sostenemos aquí desde un punto de vista opuesto.

«No estoy del todo conforme con su filosofía social que deja en el fondo del alma una precipitada amargura sin el coercitivo de la solidaridad. Mejor es reconciliar los antagonismos por el amor y por la necesidad de vivir juntos y unidos que hacer fermentar los odios que tienen causa más que en las intenciones de los hombres, en las imperfecciones de nuestro modo social y político. Sin embargo, así como es, creo que *no se ha de llover el rancho en donde su libro se lea.*»

Estas palabras más que para Hernández, a quien elogia con las suyas propias de la última línea, son válidas para los estancieros que han defendido aquel modo social y político imperfecto, provocando la miseria y la desesperación del gaucho que Hernández refleja tan fielmente en su poema.

Un escritor irreprochable como Miguel Cané, el autor bien conocido de *Juvenilia*, escribe a Hernández:

«Que se han vendido más de treinta mil ejemplares de su libro, me dice alguien asombrado. Es que los versos de *Martín Fierro* tienen un objeto, un fin, casi he dicho una misión.»

Por su parte el Presidente Avellaneda afirma igualmente en una carta:

«Más de un renombre de cabildo quedaría sorprendido si se dijera que hay a veces mayor estudio en una página de Martín Fierro que en uno de sus alegatos forenses.»

Las citas en este sentido podrían multiplicarse aun; pero vamos a limitarnos a recordar sólo unas cuantas líneas de varios personajes de significación oficial para que se vea hasta dónde alcanza en su tiempo el reconocimiento de la realidad que pinta Hernández.

El general Tomás Guido dice en una extensa epístola al autor:

«Las promesas de la revolución no se han cumplido aún para los hijos del pampero. El rancho de paja no basta a proteger a quien lo habita.»

Los historiadores Adolfo Saldías y Mariano Pelliza formulan interrogantes parecidos. El primero lo hace en los siguientes términos:

«Sigamos al gaucho, mi amigo, sigámoslo en esa noche tristísima para él y vergonzosa para nosotros... La independencia se iba logrando, el bienestar se acariciaba, se comen- zaba a gozar algunos bienes, y entre tanto ¿qué participación tenía el gaucho en este nuevo teatro de la democracia que él había contribuído a cimentar?»

De las palabras de Pelliza se puede juzgar por la carta de Hernández que hemos recordado al comienzo.

Entre los críticos puramente literarios, casi desconocidos por aquel entonces entre nosotros, no deja de hacerse sentir alguien que insiste precisamente sobre el aspecto social del *Martín Fierro*. Se trata de un entrerriano apellidado Subieta de quien no poseemos mayores datos; pero que debía ser tal vez pedagogo a juzgar por la serie de cinco artículos aleccionadores, algo confusos y pleonásticos que publica, no sin algunos aciertos parciales, además del enfoque más o menos justo del asunto.

Dice Subieta entre muchos latiguillos oratorios:

«*Martín Fierro* más que una colección de cantos populares, más que un cuadro de costumbres, más que una obra literaria, es un estudio de filosofía moral y social. Martín Fierro no es un hombre, es una clase, una raza, casi un pueblo. Es una época de nuestra vida, es la encarnación de nuestras instituciones, creencias, defectos y virtudes; es el gaucho luchando contra las capas superiores de la sociedad que lo oprimen, es la protesta contra la injusticia, es el reto satírico contra los que pretenden legislar y gobernar sin conocer las necesidades del pueblo, es el cuadro vivo, palpante, natural, estereotipado

de la vida de la campaña, desde los suburbios de una gran capital hasta las tolдерías del salvaje.»

Sin embargo, la que podría llamarse generación literaria argentina del 98, con Lugones a la cabeza, lleva el poema a principios de este siglo, no al pueblo que se había reconocido en él, sino a la clase social que lo había provocado con su actitud suicida. Y el desertor y matrero Martín Fierro se convierte por obra de una prédica talentosa y elocuente en un tema de tradición y de retórica. Se discute en conferencias y revistas eruditas si se trata de un poema épico o de una canción de gesta... Si Martín Fierro es nuestro Roldán o nuestro Cid a pesar de lo remoto que suenan estos nombres al lado del simbólico personaje que muchos paisanos, en su afán de prestarle aun más realidad, dicen haber conocido en carne y hueso.

Los hijos de los estancieros porteños que han perdido en largos años de ocio y vagabundaje todo contacto con la pampa nativa, derrochando sus rentas en Europa, se sienten de improviso, gracias al creciente prestigio que Lugones confiere al *Martín Fierro*, sus herederos literarios y surge toda una escuela de cultores gauchescos de segunda y tercera mano. El pueblo que conservó el tipo genuino hasta cuando ellos se afrancesaron es desposeído una vez más. Claro que para justificarlo se deja en la sombra lo esencial del poema y se destaca lo secundario. No faltan, desde luego, los profesores pedantes capaces de aplicarle al pobre *Martín Fierro* la máquina de la erudición tudésca. Así ocultan mejor su verdadero sentido tras una exégesis gramatiquera y folkloruda... Lo de siempre. *Martín Fierro* sufre la misma suerte de otras obras de mérito al caer en manos de los profesores para fines didácticos. Por otra parte, se tiran ediciones de gran lujo con estampas más o menos pintorescas para los bibliófilos. En Francia se hace una especial de los consejos del Viejo Vizcacha en papel de Holanda con prólogo de Eugenio d'Ors.

A todo esto, la edición corriente y ordinaria del poema se difunde cada vez menos en los países de nuestro idioma. Sin embargo, no hay ninguna razón para ello fuera de la desidia, esa desidia que nos impide conocer lo más próximo porque lo tenemos demasiado cerca y apreciar lo remoto porque hay que ir a buscarlo. Al respecto tenemos consumada una experiencia que contaremos detalladamente a continuación (en el número 41 de BABEL).

CUANDO ERA MUCHACHO...

I

MI MADRE me enseñó las primeras letras. Ella estudió en una escolita elemental, pero lo que aprendió lo manejaba muy bien. A pesar de sus muchos afanes — cocinar, lavar, y coser para buen número de mujeres —, leía con avidez. Lo hacía durante la siesta y en la noche. Además, debió aprender algo de su tío Sixto Vera, que tenía bastante debilidad por el papel impreso y que, deseando compartir su placer, fundó la primera escuela nocturna de El Monte.

Mi padre contribuyó más aún a su formación, pues leía toda suerte de libros y era la suya una memoria profunda. No sólo podía recordar sus lecturas sino relatarlas como si fueran de su propia inspiración. Contaba las historias con la vivacidad del testigo.

En casa había un centenar de volúmenes, algunos ilustrados y con hermosas pastas. Eran del tiempo en que mi padre, siendo adolescente, estuvo de aprendiz en un almacén de Santiago. Desde niño dibujó con soltura. El dueño del negocio lo envió a una escuela en donde lo perfeccionó. También hizo cuanto pudo para que se ilustrara. De ese comerciante generoso, yo su agradecido, todo lo ignoro. ¿Qué lo movió a proteger a mi padre? Al terminar sus estudios mi padre reunió libros y tal vez recibió varios del buen almacenero. Es probable que pensara en ser escritor. Hallé versos suyos, muy patrióticos, al abrir un mueble.

Mi madre era baja, bien formada, de rostro simpático: ojos grandes, nariz fina y boca pequeña. Su carácter oscilaba entre la severidad y la alegría. Hablaba con suavidad, escuchaba, usaba un lenguaje comedido y daba lo que tenía. Nunca temió al mañana.

El té era para ella capital. Solía aliviar su faena cantando. Su alborozo era constante. Si por acabar una blusa omitía el té, quejándose al anochecer de dolor de cabeza.

Mi tía, cuando la pobreza nos estrechaba, decía inquieta:

— Mañana no tendremos para desayuno...

— No ha de faltar — respondía mi madre y casi en seguida volvía al canto.

Nunca faltó. A veces el almuerzo o la comida era más frugal. Podía reducirse a una taza de café con leche y un trozo de pan. Mi madre hacía hervir la leche y luego echaba en ésta unas cucharaditas de café. Quedaba más sabroso. Yo prefería esto a comer un plato de papas o de cochayuyo. El Altísimo no quiso hacer de mí un vegetariano.

Ella era creyente y sentía predilección por ciertos santos. Nombraba a San Antonio y San José. Empero ninguna imagen existía en casa. De tarde en tarde ví una vela encendida en una pequeña consola que había en un rincón. Extrañábame que detrás de la vela faltara la figura santa. Tal vez le era suficiente saber a quien habíasela consagrado. Apenas fuí capaz, diseñé en la pared un rostro con aureola. Sonrió al verlo. Cualquiera podía desgañitarse contra el culto en su presencia. La herejía resbalaba sin enfadarla. Su fe era una necesidad de su ser. Le fluía incontinentemente. Ya hombre oí a un diputado conservador decirle a otro, del partido radical, que no hiriera sus convicciones religiosas. Me pareció que estaba en trance de no creer y le horrorizaba sumirse en la incertidumbre. Ella no fué jamás a la iglesia por inclinación propia, sino para servir de madrina o testigo a quien se lo pidiese. Su sencillez la indujo a tener trato directo con la Virgen cada vez que no lograba vencer una dificultad. Hacía lo en su cuarto, o en el jardín, cuando quedaba sola. Luego de invocar su ayuda veía con claridad qué debía hacer y su corazón se serenaba.

Nació en San Miguel. Su madre, conoció a doña Javiera Carrera. Esta iba a la iglesia con un pañuelo atado de la barbilla a la cabeza para sujetarse la mandíbula ya un tanto caída.

El vocabulario de mi madre superaba al común, mas, usaba algunos arcaísmos que debió aprender de sus parientes, campesinos desde muchas generaciones. Su abuelo, Agustín Vera, fué mayordomo de carretas en el fundo de San Miguel y sus tíos fueron vaqueros. Ella nunca decía deuda, sino dita.

Apenas oscurecía íbame a la cama. Ella contaba a mi tía episodios de la novela que estaba leyendo. Su voz era confidencial. Oyéndola, mientras me venía el sueño, aprendí el argumento de varias. Gustábanle singularmente las de Dumas. Al iniciar mis lecturas, entre los doce y los veinte años, cayó en mis manos *Los Tres Mosqueteros*. Ya conocía los hechos más significativos de este amenísimo libro.

Mi tía era menuda, de genio muy vivo y tenía suma facilidad para exagerar el carácter de las personas; recelaba de todos y era proclive a figurarse qué móvil tuvo zutano al decir lo que dijo o al hacer lo que hizo. Solía encolerizarse. No obstante, cuando estaba en armonía con el universo, cantaba con mi madre y la ayudaba en la costura. A veces nos abandonaba por dos o más años. Ibase a casa de su hermana Julia o se empleaba en la capital.

También vivía con nosotros mi abuelo Domingo. Sin embargo, tenía otros dos hijos casados. Debió elegirnos por el buen genio de mi madre. Ocupaba un cuarto independiente. Acercábase a los noventa años. Sus hijos habíanse dispersado, incluso mi padre que era comandante de policía de Tilttil. Mi abuelo era un viejecito bajo, de ojos azules y barba blanca. Hacía, con ayuda de un oficial, esteras, sopladores y otros enseres de totora. Antes negoció en cosechas en verde.

Nació en Río Claro y se vino a El Monte ya viudo. Casó de nuevo allí con Juana Gómez Pontillo, señora delgada y dominante. De todas maneras tuvo de él cinco hijos. Fué propensa al orgullo y cayó, por derivación, en el entretenimiento de creerse pariente de individuos empingorotados. Experimentó gran disgusto al saber que mi abuelo vendió, por cien pesos, una casa que poseía en Santiago.

Fuera de mi madre, fué mi abuelo Domingo la persona con la cual más estuve en mis primeros años. Siempre quería estar cerca de él. Le prestaba pequeños servicios gracias a mi gran movilidad.

Alguien debió recomendarle, para un mal que padecía, la carne de perro. Mientras la asaba me convidaba pedacitos. Nunca pude decirle que era suficiente y negarme. Más tarde he oído hablar con asco de esta carne. A mí me agradó y la considero más sabrosa que la de conejo.

Al mandarme a comprar, me advertía:

— No te dilates.

A los perros vivos no les tenía buena voluntad, acaso porque le hurtaban pedazos de correa. Apenas sorprendía a uno le arrojaba una piedra, un palo... Era inevitable que exclamara:

— ¡Ah, mañablo!

Esta palabreja, formada como hijuna — y que significa mañoso del diablo —, no la he vuelto a oír, ni la registran los diccionarios ni estaba en conocimiento de los filólogos que he

consultado. ¿Será un arcaísmo perdido? ¡Qué sorpresa se llevarían los españoles doctos si pudieran recorrer, sin prisa, cada país americano! Al parecer, buena parte del lenguaje de los conquistadores es lengua muerta en la Península y usual en América.

— Mi primer viaje fué obra de mi abuelo. Me llevó a caballo. Con una mano sujetábame y con la otra dirigía la rienda. Al llegar al río dijo muy serio, según su costumbre:

— Hay que encontrar el vado.

No sospechaba qué pudiera ser. Durante un momento condujo su cabalgadura por la ribera. A ratos la metía en el agua y luego la sofrenaba:

— Aquí no está...

Dimos por último con el vado. Me desilusionó saber que era sólo la parte más baja y pareja del río.

Ibamos a El Monte, a casa de su hija Julia. Recuerdo de la visita el tono exclamativo con que nos recibieron. Había una mujer, unos niños y un hombre que trabajaba en su mesa de zapatero. Nos despedimos en la mañana siguiente. Jarmás volví a verlos. Supe al cabo de un lustro la muerte de Julia y, tras un período de tiempo todavía más largo, la de él. Quizás vivan aún mis primas.

Del fallecimiento de mi abuelo no conservo vestigio. Es probable que al fenecer me llevaran a otra casa. Así se procede con los niños para que no sufran. Empero, cuando uno no ve morir, o no sabe pormenores precisos, sus parientes desaparecidos siguen viviendo en un lugar ignoto. Al evocarlos, ellos conservan la actitud de la última vez que los vimos. Y de tal manera permanecen en uno para siempre.

Estuvimos en Talagante alrededor de nueve años.

La primera casa que recuerdo, situada en Calle de los Pescadores, tenía corredor hacia afuera, cerrado en ambos extremos y cubierto por el techo que descansaba sobre cuatro columnitas de madera. Ahí, sentados en un escaño, esperábamos la noche. Era el camino de los que habitaban junto al río o más allá del puente. Se habló de que pasaría un apesadado a medianoche. Esta noticia me produjo espanto. Lloré hasta que me vino el sueño.

Era la de Pescadores una calle silenciosa, con árboles. En la esquina inmediata había una casa grande. Alguien dijo que

vendría a ocuparla un hacendado. Así ocurrió. Llegaron varias carretas con muebles. Pronto entramos en relaciones con la dueña, doña Blanca, señora alta, hermosa, de cierta majestad. Esta pidió a mi madre que me dejara dormir en su pieza. Era, seguramente, miedosa. Hacíanme cama en el suelo y desde ahí charlaba sin término. Empezó a llamarme «el buen grillo». Nunca pude explicarme la razón de tal sobrenombre. Fuera de doña Blanca había un mozo con su mujer, que ocupaba el extremo contrario del caserón, y una cocinera anciana. Transcurrido un mes conocimos al rico, hombre gordo, de mejillas rojas y propenso a la risa. Llegaba al anochecer de Santa Ana, en donde estaba su fundo, y partía al clarear. Mientras permanecía en su casa reía estrepitosamente. Solía tener invitados. Eran banquetes largos y bulliciosos.

El hacendado contaba las incidencias del viaje. Gozaba, si él manejaba el coche, en dar uno que otro guascazo a las viejas que hallaba en el camino, y reía hasta no poder más con las injurias que éstas le dirigían.

En su vehículo jamás usó velas compradas. Se proveía en las capillas o cogía de las que los pobres ofrendan a las animitas. No lo hacía por economizar, puesto que era generoso y hasta dispendioso, sino por volterianismo.

Mi hermano Miguel, que tendría dos años y era gordo y coloradote, convirtióse en favorito suyo. Tan pronto como llegaba del fundo mandaba por él y lo retenía una o dos horas. Durante los días festivos lo acaparaba de la mañana a la noche. Solía decirle a mi madre:

— ¿Señora, por qué no me lo da? Usted tiene otros...

I V

No llegué a saber por qué nos mudábamos. Nos fuimos a Calle de la Unión: la nueva casa disponía de un pequeño subterráneo. Las habitaciones quedaban sobre el nivel de la calle y eran numerosas. Adivinábase que fué construída para una familia patriarcal.

Nuestro mobiliario cupo, desahogado, en tres piezas. Poblamos los otros cuartos con hadas y duendes. Al entrar a ellos con ánimo de jugar, sus habitantes desaparecían. Esa casa tan espaciosa, tan hospitalaria, hizo nacer en mí el gusto por las que se le asemejaban. De haber sido hombre adine-

rado habría hecho una parecida, con piezas de sobra. Por no serlo he tenido que moverme en poco espacio. Todavía, si entro a un hogar amplio, con muchas salas, como suelen ser los de los fundos o los caserones santiaguinos, me impresionan. Constituyen parte de mi poesía.

Con mis hermanos, y chicos de la vecindad, celebrábamos en la tarde misa. ¿Cómo se nos ocurrió este juego? Mi madre no iba al templo. Debí llevarme una buena mujer amiga de la casa y debí sentirme emocionado por el ritual. Con ropa de mi madre ataviábame para el santo acto y oficiaba en el alféizar de la ventana. A mi hermano Efraín le impuse el oficio de monaguillo. El mantenía el incensario en vaivén permanente y yo, fuera de decir las palabras sagradas, leía en un libro voluminoso, enriquecido con infinidad de láminas, en un remedo de atril que habíame agenciado. Aída, Miguel y los chicos del vecindario actuaban de fieles. Hay en la misa un halo de gran teatro que subyuga. Efraín quería asumir la dignidad sacerdotal. Aburríale mover el incensario.

El papel del creyente es pasivo en exceso. Debería hacerse cantar y confiarles pequeñas funciones. Los pentecostales así lo hacen. Saben más de psicología multitudinaria. Cualquiera de ellos puede predicar con sus propias palabras y, cuando los coge el derrame de poder, entregarse a danzas violentas, muy benéficas en la estación invernal.

La casa debió estar vacía largo tiempo. Por rendijas que había bajo el alero entraba al entretecho una comunidad de murciélagos inquietos. Era verano. Los pajarracos no hacían sino tirarse contra el techo, que era de tela, y restregarse las membranas. No logré habituarme a tan nefasto ruido.

Arrojábamos al techo piedras, varillas, lo que estaba a la mano, sin conseguir acallarlos. Alguno equivocaba la entrada y se colaba por la ventana. Más de una vez sentí junto a mi mejilla el sonido de su membrana ingrata. Este ratoncillo volador es repelente y un tanto monstruoso.

Había una extensa huerta muy arbolada. Nos servía para jugar a pacos y bandidos y consumir nuestra desbordante energía. Debí ser entonces la movilidad en persona y trastornar demasiado el orden doméstico. Conseguía exasperar a mi madre, que asía una varilla de mimbre. Verla y escapar a la huerta era mi reacción espontánea. En balde me perseguía. Haciendo quites de árbol en árbol la fatigaba. Al meterme en cama, ya olvidado de la travesura, recibía su visita y tantos varillazos que quedaba en un grito.

En la misma calle, pasado la ferrovía, arrendó mi madre una nueva habitación. Por un costado daba a la Cancha de Carrera. El sitio era vastísimo. Al llegar, la tierra estaba en barbecho. El propietario mantenía en él un viejo caballo con el cual araba y que no usó jamás para silla. En la semana, con timidez entré en relaciones con el caballo, y le puse jáquima. Monté. El casi no reparó en mí. Lo excité con chasquidos y consintió en moverse a lentos pasos. Luego quise hacerlo galopar. No pareció agradaarle mi intención. Era un caballo cansado que sólo consideraba razonable pacer. Tuve que talonearlo con insistencia para que iniciara un mentiroso trotecito. En el camino lo disminuía hasta quedar en su paso de costumbre. Caí a menudo, pero, como el terreno estaba removido, no sufrí ningún quebranto. A pesar suyo fué el caballo mi maestro. Más tarde, sin llegar a ser un buen jinete, pude mantenerme en otros con algún decoro.

Al frente vivía doña Mariquita, señora de sesenta años, bonísima, que parecía haber tenido siempre esa edad. Imposible era figurarse cómo pudo ser de niña. Hay personas así. Pierden todo nexa físico con su primera edad. Sin embargo, su aspecto agradaba. Cosía para el vecindario y recibía alguna ayuda de su hijo pescadero, hombre con aire de sonámbulo, que abría sus ojos cuando era indispensable, hablaba apenas y tendía a la inmovilidad. Su otro vástago, sin ser enólogo, dábale maña para beber continuamente. Trabajaba un par de días. El resto de la semana permanecía en la cantina bebiendo vino con extraordinaria decisión.

Doña Mariquita hacía el bien, pero su ahijada Clorinda, hembra rozagante, cicatera, parlanchina, no reclamada aún por el genio de la especie, en parte lo deshacía. Al anochecer, una o dos veces por semana, íbamos a visitarla. Encontrábamos ahí al padre de Clorinda, campesino macizo, picado de viruela, que platicaba con tremenda seriedad. Lo frecuente era que monologase:

— Ese año el río creció como nunca. Venía correntoso y arrastraba árboles, caballos muertos y hasta perros que gemían por no alcanzar la orilla ni hallar una ramita a la cual sujetarse. Uno se desvanecía mirando el agua. . . A la distancia divisé una casita con el techo cubierto de gallinas. ¿Sería posible? No demoré un Jesús en traer el lazo más largo. Tomé mis precauciones y lo arrojé en el justo momento en que la

casita iba a pasar. ¡Dios quiso que acertara! Sin embargo, no fué poco trabajo atraerla hacia lo seco. A ratos creí que me fallarían las fuerzas. . . pero me mantuve firme y logré asentarla en la orilla. Aseguré el lazo en un árbol y salvé las gallinas. Bajaron las aguas por fin, abrí la puerta, anduve por las piezas, eran dos, y noté que todo estaba intacto. Retiré los muebles, la loza, las camas y vendiendo a medida que necesité pude mantenerme buen tiempo sin trabajar un día a nadie. . .

Estuve suspenso de su relato. El habló chupando su cigarrillo de hoja, sin mirar a las personas. Con mi vista examiné a los presentes, y en particular a Clorinda por ver si algo indicaba en su rostro que recordara. Ella tenía los ojos fijos en Rudecindo con el mismo embeleso que yo. Los grandes oían en silencio, sin estimularlo, sin mirarlo siquiera. ¡Qué fríos los encontré!

¿Cómo resolvió entregarse al bien la señora Mariquita? De seguro, por tradición y quizás si el método lo heredó de su madre o de otra pariente de instinto benéfico. En su costurero guardaba una varillita sin corteza. Rara era la semana en que no llegase un campesino, o su mujer, enfermo de mal incurable. Ella, después de oír la relación de la enfermedad, que era larguísima si el doliente venía de lejos, cogía la varilla y movíala ante y junto al paciente de una manera que parecía ser la única eficaz. Para males de otra naturaleza, sobre todo cuando el enfermo era niño, asía un manojito de yerbas y con él tocaba la frente, la sien, el corazón y el sitio, a la derecha del pecho, donde se supone que mora el ángel bueno. Era ensalmadora. Los pacientes, al partir, hacíanlo con distinto semblante, con el semblante de la esperanza.

Anejo a la casa de la ensalmadora había un horno, bajo una mediagua, y una mujer de cabello cano, sonrosada, corpulenta y abstraída. La curiosidad, y cierta tendencia a inmiscuirme en los afanes ajenos, convirtiómelo en ayudante eventual de doña Santos. Cerca de ella movíase su hija, dos nietas y el yerno, carpintero báquico, por el cual la alfarera sentía un desprecio inmenso.

Doña Santos permanecía en su alfar mientras había luz. Acompañábala al cerro, más allá del río, a traer greda. Era un viaje pesado. Luego de retornar poníale la arcilla en su sitio y ella la cubría con sacos húmedos. Al siguiente día era menester sobajarla, tarea de mi exclusividad. Antes, eso sí, debía lavarme los pies, que llevaba descalzos por disponer de

un sólo par de zapatos. Los usaba al ir a la escuela y para actos de gran etiqueta. Los vagabundeos eran a pie desnudo. En cambio no me despojaba de la corbata por tener muchas. Hecha la limpieza de mis extremidades, con los talones mullía la greda. La alfarera metía su puño aquí y allá para probar su blandura. Después hacía ollas y lebrillos. La cocción era de su incumbencia. Yo le acercaba leña. Junto al fuego su rostro adquiriría la rojez del cobre.

V I

Al fondo de la Cancha de Carrera alzábase el edificio de la tostaduría de cebada. Su dueño era un alemán grueso. Su tostaduría era la única industria que ocupaba cierto número de operarios y el humo que expulsaba día y noche era el único que manchaba el puro cielo del pueblo. El olor de la cebada tostada impregnaba el contorno.

Una mañana a la hora del almuerzo, salieron de ahí dos hombres con traje de borlón y sendas boinas. Más atrás seguían dos muchachitos, vestidos como sus padres, tan serios como sus padres, comiendo, al andar, rebanadas de galleta. Fué la primera impresión que tuve de la vestimenta extranjera.

Sin embargo, en el pueblo había extranjeros, mas, por vestir igual que la gente común no sobresalían. Figuraban dos italianos, almaceneros, y un español de apellido Soler. Sabía de otros. En la escuela conocí a los hijos de Soler. Este, salvo su habla y su tremenda pasión, no difería de los chilenos. Su familia era numerosa y habitaba una casa aislada en la proximidad del río. El era carpintero. Sus cajas de herramientas no dejaban de admirarme. Lo visitaba a menudo. Hacía de dueña de casa una muchacha alta, pálida, alegre y de prodigiosa actividad. En torno de ella todo brillaba. Llamábase Consuelo. Vestían luto por la madre.

Soler llegó una noche muy ofuscado, sin saludar. Se fué derecho a su caja de herramientas y extrajo el formón más largo. Habló con violencia de un mal amigo que lo abandonó después de haber bebido la tarde entera juntos. Soler no pudo tolerar tan atroz ofensa y armado con el horrible formón partió a vengarse. Iba enloquecido y era español. Consuelo púsose más pálida aún y cogió la punta de su delantal que se pasaba de una mano a otra. Seguí a Soler con la imaginación, lo ví hundir su arma espantosa en el cuerpo de su amigo y me entristéció la orfandad de sus niños. . . Por fortuna no encontró al fem-

tido y en la mañana luchaba, serrucho en mano, con un tablón. El rostro de los pequeños, que eran mis condicípulos, no lo hallo. Dentro de mí queda el de Consuelo, nacida para ser pilar en todas partes, y el de su padre, tan serio y cordial.

En la localidad no existían paqueterías, pero un árabe llegaba con su saco de lona a la espalda. La gente lo llamaba el falte. En las casas se le ofrecía fruta o lo que conviniera a la hora en que se dejaba ver. Así lo ablandaban para el momento de ajustar cuentas. Por rutina él cobraba precios locos; por costumbre nadie le pagaba más de un tercio.

El falte se encariñó con una pariente de mi madre, mujer de ojos pequeños y cabellera larguísima. Para establecer el parentesco ambas hablaban quince minutos y no lograban precisararlo. Empero, el vínculo existía. Se produjo el matrimonio. El pueblo encuentra curiosos y hasta simpáticos a los extranjeros, pero no acepta este tipo de alianza. En consecuencia, el casamiento se discutió de casa en casa y se incorporó pronto a la nómina de asuntos que deben tratarse en una conversación. Ni los árabes ni los chinos eran estimados. Una mujer decía:

— Casarse con un negrito, pase; hacerlo con un chino, siendo tan asquerosos, no cabe en ninguna cabeza.

Repelen al chino por creerlo un apasionado comedor de ratones. Al árabe lo encuentran poco hombre, acaso por la naturaleza de su comercio que no se considera muy varonil. En general el pueblo no aprecia al comerciante. Lo ve enriquecerse y sospecha, ¡es muy receloso!, que es a costa suya. Intimamente no puede aceptar que los extranjeros sean sus iguales. Los admira por su laboriosidad, pero el orgullo racial le impide ir más lejos.

El alemán de la tostaduría apilaba sus sacos de cebada en un extremo de la bodega del ferrocarril. Allí tenía una romana y un par de sillones. Lo encontré más de una vez leyendo *El Mercurio*. Yo empezaba a frecuentar la escuela; acercábame al alemán, me inclinaba y leía en el reverso de su diario. El teutón no fomentó mi ansia de saber, bajó el periódico y, mirándome por encima de sus anteojos, severamente, exclamó:

— ¡Intruso!

Le retiré mi simpatía y dejé de rondar en torno suyo. A pesar de su rechazo no he podido curarme del vicio de leer dicho diario, aunque no desespere de llegar a regenerarme.

El hijo del prusiano, que se elevaba hasta cerca de los dos metros, era más jovial. Acudía en la tarde a conversar con los trabajadores de la estación. ¡Cómo abunda el tiempo en los pueblos!

Cierto día hicieron una apuesta varonil. El joven cargó en su hombro dos sacos de trigo. Anduvo un trecho y se le cayeron. Un obrero menos alto duplicó la distancia y los arrojó. Por último los cargó un vecino y dió una vuelta completa sin apresurarse. La hazaña fué humedecida en un bar de las inmediaciones.

VII

Sin desdeñar la compañía de los muchachos, aproveché cualquier ocasión de mezclarme con hombres. Los carrilanos me atraían. Con sus palas eran capaces de cambiar un cerro de sitio. La cuadrilla trabajaba al mismo ritmo. Cada cual hundía su pala, la alzaba y arrojaba el contenido, y volvían a hundirla combinando los movimientos de tal suerte que jamás se estorbaban. Este ejercicio duraba una hora. Tras unos minutos de reposo reanudaban su labor con la misma alternativa. Debe de producirse en los trabajos en que el cuerpo entero se pone a contribución una embriaguez creciente.

Conocí, durante un veraneo en Ovalle, a dos hermanos de apellido Mojate. Al levantarme estaban frente a la casa abriendo una acequia. El suelo era de ripio. Llegó la hora del almuerzo y los hermanitos chuceaban a la distancia de un grito. El dueño de casa les ordenó almorzar. Cuando empezó a oscurecer sentíase lejano el ruido de sus herramientas. Y fué menester implorarles que cesaran. Y así un día y el otro. Al venirme la acequia avanzaba por la falda de un cerro. Los Mojate no sabían conversar y desconocían la quietud.

Los carrilanos suspendían la faena al mediodía. Uno lavaba su pala, que era ancha y larga, hasta dejarla reluciente. Mientras tanto yo iba por cebollas, aceite, queso fresco y pan. El cocinero cortaba el queso en finas lengüecillas, las cebollas en rebanaditas y al revolver echaba el aceite y menudeaba la sal. Luego cada uno cogía un pan y, encuclillados, formando rueda, comíamos. En seguida unos y otros buscaban un lugar a la sombra y tendíanse a dormir, tal como todavía acontece en cualquier parte de Chile entre chuceros y paleros.

VIII

Pasaba frente a mi casa un convoy de carretas cargadas de tablas. Conservo en mi memoria, algo vaga, la imagen de un viejo carretero que fué mi amigo. Entregábame la picana y conducía los bueyes hacia la estación. Allí trabajaba como ninguno. En cada viaje me echaba al hombro una tabla y no desmayaba hasta terminar la tarea. Ellos aguantaban ocho o diez. Sudaba a mares y qué bien me sentía luego. Era un estado de felicidad del cuerpo que no he vuelto a experimentar. Apenas la carga quedaba ordenada en castillos, el bodeguero hacía entrega del boleto de embarque. Emprendíamos el regreso. El privilegio de venir a cargo de los bueyes durábame hasta mi puerta. Ahí hacían un alto todos porque las tablas despedazadas eran para mí.

En ciertos períodos no venían. Entonces, acompañado por mi hermano Efraín, iba al río. El Mapocho allí no es el río consumido de Santiago. Corre abierto en cinco o seis esteros. De la ribera del pueblo a la del cerro median varias cuadras. Andábamos ribera abajo hasta el puente y hacia arriba caminábamos hasta topar. Una ribera es algo notable. El río trae palos, pulidos por el juego de la corriente, que deja en la orilla a beneficio de los pobres. Llenábamos los sacos en un momento. Hecho esto empezábamos a vagar en busca de piedras bonitas y cosillas que el río también abandona para solaz de los niños.

Al remontar la ribera tropezábamos con una cerca enclavada casi en el agua misma. Un propietario invasor habíala fijado allí para privar al río de lo suyo. Las riberas deberían ser tan inalienables como las calles.

Entre los anhelos que alenté otrora está el de recorrer el curso de un río, despacio, mirándolo todo, de su nacimiento a su término. Me contentaría con andar así el Mapocho, que es un río modesto y breve.

Nos atraía, en los veranos, la pesca de truchas. Hacíamosla en una larga poza alimentada por el estero más inmediato a la ribera. Con péril — muy abundante en los meandros y en los vastos espacios que el río abandona en esa estación — formábamos un *muerto*, poniendo ramas, a manera de puente, sobre la poza. Cuando el alto del muerto excedía el nivel del agua, lo empujábamos rozando el fondo hasta acercarnos a lo seco. Luego explorábamos el cieno al tacto y cada pieza que pescábamos era una fiesta. Tornábamos al

pueblo con una rama en el hombro en la cual habíamos ensartado las truchas.

I X

Cuando tenía botines nuevos, hecho no tan frecuente, era presa de la alegría más insoportable. Necesitaba ir a la calle principal para que me viesan. Pisaba fuerte, crujía el estaquillado y me sentía otro hombre.

Este placer, subordinado al cambio de atavío, no llegó a corromperme. Eramos seis personas en casa desde que muriera mi abuelo. No abundaba el dinero.

Mi contento lo extraía del aire. Un muchacho pobre está obligado a ser más soñador que uno rico. De otra manera no habría pobre que no fuese un pozo de amargura. El niño afortunado, esto me lo figuro, imagina situaciones brillantes por inclinación estética, puesto que posee lo indispensable. El mísero sueña por compensación. A través de su sueño se harta de viandas que apetece, cúbrese con ropajes suntuosos, es sabio, es valiente, es santo o poderoso.

Suele decir el pedagogo que el niño de hogaño no cree en hadas, duendes, encantamientos ni en nada de índole ultraterrena. Quizás sea verdad. Pero necesita creer. De no ser así ¿cómo se explicaría los mil fenómenos que influyen en él? ¿Cómo relacionaría sus concepciones íntimas con el mundo objetivo? Mientras carece de conocimientos ciertos inventa sustitutos, porque no podría vivir sin armonía. La duda es un lujo del adulto. Las hadas y demás seres metafísicos tienen vida propia, sin perjuicio de no existir. Si uno ansía algo, que la realidad no le ofrece, viene un hada o un ángel a dejarlo. Si un prójimo está oprimido, por remoto que sea el sitio en donde esté, vuela uno y lo liberta. Así el más desvalido lleva a buen fin proezas honrosísimas.

Cuando uno reemplaza a Dios deja el mundo como nuevo.

El individuo que se dedica sólo a mover sus pies y sus manos termina por acumular gran cantidad de bienes concretos; amuralla los campos, acopia el pan de todos y conviértese en estorbo del mundo entero. No tarda en deshumanizarse. A veces un sujeto de tal estructura suele ser Carnegie o Rockefeller, y tardíamente comprende lo absurdo de su vida. Entonces derriba los muros e invita a la gente a llevárselo todo.

Los niños al crecer van limitando sus sueños, pero como pueblo siguen alabando al rey que desdeña a la duquesa y casa

con la joven cuyo pie cabe en el zapatito que él ha encontrado; después le agradece también que no entregue sus hijas a los que sólo son príncipes, sino al valiente, al sabio o al ingenioso. El pueblo de ese modo conserva un puente para evadirse de su pobreza cierta.

Disfrutaba de tales mutaciones sin olvidar que en las tardes, por tener un caballo de la rienda, por guiar a un forastero o portar el cesto de una vieja señora, podía echarme al bolsillo una hermosa monedita de cinco centavos.

X

Fuí a comprar arroz. El almacén estaba donde la calle cae al río. Llegué, pedí y tuve que regresar sin nada porque no me encontré el dinero. Mi vuelta fué tristísima. Conté a mi madre la mala nueva. Ella me ordenó revisar mis bolsillos una vez más. Lo hice en su presencia sin mejorar de suerte. Empero, advirtió que tenía empuñada una de mis manos.

— A ver . . . ¡Abre esa mano!

Apretados en ella tenía los dos centavos.

Por intrusión entraba en conversaciones con los bebedores que ocupaban un extremo del almacén. En una ocasión debió parecerles gracioso hacerme beber y darme pie para que hablara. Al salir venía en ese estado metafórico del ebrio. Iba atravesando un pequeño puente y caí al agua. Mientras me debatía, parecióme estar separado de la realidad por numerosos velos. Todo era lejano, vago, apagado. La acción misma de salvarme no era un reclamo del instinto, sino una necesidad lógica. Llegué empapado y mi madre se alarmó.

A la vuelta de unos días, había caído la noche, estaba con mi madre junto a la puerta. Pasó un grupo de trabajadores. Uno dijo:

— Ese fué el niño que me sacó la madre . . .

Colijo que asimilaba las injurias más atroces y las repetía con la responsabilidad de un papagayo. Al principio tienen algo de mágico, aunque se ignore su sentido. Mi madre sintióse muy avergonzada y me mandó a la cama. Comprendí que mi porvenir inmediato no era venturoso. Me dió tantos varillazos que, durante una semana, dolíame el cuerpo al cambiar de posición. Quedé con el sentimiento de haber incurrido en algo malísimo que no pude definir. Las injurias están privadas de significado. Ensáyese verterlas a otra lengua y no

se encontrará símil ni modismo que las represente, salvo aquellas que encierran una idea. Las más atroces lo son por la intención odiosa que se les insufla y por la costumbre de profirlas en disputas. ¿Por qué gustan al niño? Acaso sea por su sonido tan áspero. No obstante, los varillazos me sirvieron, pues evité las palabrejas.

Pasado mucho tiempo, sea por oírlas a los obreros o los empleados con quienes trabajaba, sea por un fenómeno de extraño origen, he tenido necesidad de decir una o dos, con insistencia, por un corto período. Al buscar la causa de este rebrote, luego de eliminar los demás supuestos, he terminado por atribuirlo a un estado de cansancio, pues, junto con el deseo de repetir las, he sentido un poco de tristeza o desaliento.

Cuando mi estado orgánico es armonioso y siento que la salud me sobra, suele perseguirme por horas y días una melodía o un verso. Es notable que los versos que entonces me obseden no sean alegres, sino de acento elegíaco. Pudiera ser que, en esa circunstancia, prime el ritmo y no el contenido.

Sin embargo hay personas normales, regocijadas, que emplean injurias como símbolos de virilidad y existe también quien las profiere por empobrecimiento de su lenguaje.

El escritor al abocarse al diálogo, sobre todo si éste es dramático, siente la tentación de valerse de alguna. Sabe que con una sola conseguiría una intensidad que no se alcanza con otros vocablos. Vacila porque no tiene la certeza de hacerlo con gracia. Mas, en la realidad, cuando la injuria traduce un estado de exasperación, no es obscena, sino trágica.



Fausto Soto

E L R E T I R O

*Estatuas bajo el agua dolorida,
musgo deshabitado del Imperio,
armadura de siglos repartida.*

*Invierno desgajado en cementerio,
viejo caudal de viento y de marea
detenido en marchito cautiverio.*

*Laguna donde fingen su pelea
las águilas de yelmo desgarrado
por flechas fulgurantes de odisea.*

*Todas piedra y dormir. Todas pasado.
Sólo en el lecho azul la lluvia toca
la sombra de sus párpados anclados.*

*Es invierno y retiro. Sólo roca.
Sólo campanas negras de convento
soplan volando vida por tu boca.*

*Más allá de tu reja está el aliento
ardiendo en la meseta de Castilla
en el cuerpo del pueblo y su tormento.*

*Es inútil el bando de semilla
fermentada en salivas extranjeras
para reverdecer la santa arcilla.*

*Sólo veo tus lanzas y banderas
para cruzar de légamo el invierno
entre jarcias podridas de quimeras.*

BABEL

*Es inútil clamar el de tu cuerno.
Tejiste letanías en la tierra
que hoy florecen en llagas del infierno.*

*Y nada más que invierno, que la guerra,
que las últimas gotas sin latido
que la tarde en tus álamos aferra.*

*No basta tu silencio carcomido,
la mortaja del agua no es bastante
para apagar la sangre y su gemido.*

*Vela la muerte pueblo de diamante
en esta madre mía, que golpea
el vidrio de su lágrima gigante.*

*Pero sorbo la luz de tu pelea
en esta sementera renacida
más allá de tus mares de odisea.
Con tu pueblo y tu amor está la vida.*

Parque de El Retiro, Madrid sitiado 1937.



Láin Díez

LA GENERACION DEL AÑO
VEINTE

FRAGMENTOS

EN 1912, recién egresado del Liceo de Aplicación, establecí mi primer contacto activo con la Federación de Estudiantes de Chile. Digo activo, porque no era en realidad el primer contacto con algo que pudiera calificarse de actividad estudiantil. Tres años antes se había constituido por iniciativa de mi hermano Rodrigo y de Gustavo González, compañero de estudios en el Liceo, la Institución Libre de Estudiantes. Tenía por objeto fomentar el intercambio cultural directo y desinteresado no sólo entre los estudiantes del mismo establecimiento, sino también entre los alumnos de otros planteles y los jóvenes estudiosos con ambiciones de perfeccionamiento, y cualquiera que fuese su procedencia, nivel de conocimientos, horizonte espiritual o nacionalidad. Esta iniciativa puede considerarse como una prolongación del mayor esfuerzo de regeneración intelectual y moral que animó a la España de fines del siglo pasado y comienzos del actual: la Institución Libre de Enseñanza de Oviedo, que contribuyó a definir la obra y el carácter de la generación del 98. Sus maestros Giner de los Ríos, Azcárate, Altamira y otros, ejercieron una influencia saludable, aunque por desgracia no bastante profunda, en la juventud hispánica.

Las primeras noticias de la obra de tales maestros nos llegaron por intermedio del profesor de Castellano don Eleodoro Flores, que recibía los boletines de aquella Institución. Gustavo González solía visitarlo y éste es el origen de la iniciativa estudiantil. La Institución Libre de Estudiantes orientó su actividad, procedimientos de divulgación y cooperación en la obra común de conocimiento mutuo e intercambio de ideas, de acuerdo con los principios que inspiraron a los reformadores de Oviedo. Asistí a varias sesiones de la Institución. Esta no poseía estatutos y sus miembros presidían y actuaban por turno de secretarios de actas. Las reuniones se efectuaban en el Liceo de Aplicación y ahí se dieron las primeras conferencias. Una de ellas estuvo a cargo de un estudiante vasco, Eladio Susaeta. Este había logrado reunir a fuerza de ahorros

mientras desempeñaba un modesto empleo en la casa Matas, una suma que le permitió costearse más tarde sus estudios de agronomía. Su hermano Félix, miembro también de la Institución, siguió su ejemplo. Ambos figuran hoy entre los profesionales de más prestigio en nuestro país. Entonces no se reglamentaba la entrada al país ni se conocía el negocio lucrativo semi - oficial de internación de extranjeros, de manera que aun personas sin recursos podían franquear las barreras consulares y burocráticas. Recuerdo también a Samuel Gajardo, hoy juez de menores, a Roberto Guijón, muerto prematuramente combatiendo el tifus exantemático, cuyo altruismo y bondad ejemplares no se borran fácilmente de la memoria; al doctor Armando Zagal, a Benjamín Cohen, nuestro delegado ante la NU, al doctor Ramón Laval.

Los estudiantes libres, designémoslos así, se interesaron en primer lugar por establecer vínculos con los maestros de Oviedo. Estuvieron de plácemes cuando el historiador Rafael Altamira, en jira por América, fué invitado por el Gobierno a dar conferencias en nuestra Universidad. Lo visitaron y le pidieron consejos. El sabio español ha consagrado algunas líneas a estos jóvenes en su libro *Mi viaje a América*. Este contacto ejerció una influencia decisiva y saludable, ya que la juventud de nuestra época no tuvo maestros en el sentido espiritual de la palabra. Creo que tampoco los tiene hoy.

La influencia de Oviedo imprimió una orientación peculiar a las inquietudes de los estudiantes libres: se interesaron por la educación pública, sus problemas y su reforma. El ambiente se agitaba entonces en torno a la educación secundaria. En el campo de la reforma se agitaban dos historiadores: Luis Galdames y Francisco Encina. En la trastienda se afanaba también el apóstol del anti - alcoholismo en Chile, el doctor Fernández Peña, y otro doctor de cuyo nombre no quiero acordarme. En el congreso de Educación de 1912, cuyas incidencias la Institución Libre de Estudiantes siguió con el más vivo interés, se impusieron las tendencias practicistas representadas por los dos historiadores mencionados. Los estudiantes libres fueron adversarios de la reforma Galdames - Encina porque adivirtieron, bajo la novedad aparente del disfraz pedagógico, una tentativa reaccionaria, de consecuencias funestas para el porvenir de la educación pública y la creación de una sólida cultura.

La Institución Libre, pese a su autonomía y ausencia total de contactos oficiales, no se desinteresaba de los problemas estudiantiles corrientes cuando éstos contribuían a estrechar

los lazos internacionales. Por el contrario, fueron sus miembros los primeros en establecer vínculos de confraternidad internacional, como lo demuestra su composición y el acercamiento a España en lo que tenía de mejor. Por lo tanto, se interesaron en los preparativos del congreso estudiantil de Lima de 1913. Entre los estudiantes libres había varios, fuera de mi hermano, que seguían Agronomía, y espontáneamente, sin carácter de impulso colectivo, resolvieron influir en el sentido de seleccionar para este congreso a delegados capaces de impresionar favorablemente por su afán de cultura y su fisonomía moral. Su candidato fué Carlos Vicuña. Era un acierto si se considera que su adversario presentaba ya los primeros síntomas de ambición política y de oportunismo sin principios que debían distinguirlo después en su carrera y que por poco lo llevan al solio presidencial. Los partidarios del gran político en ciernes recurrieron a todas las artimañas usuales en los actos en que nuestro pueblo soberano elige a sus representantes. Hasta se robaron la urna de Agronomía y falsearon el recuento. La intervención enérgica de mi hermano y de su grupo consiguió reparar el daño y por una escasa mayoría de diez votos se impuso finalmente Carlos Vicuña.

El congreso de Lima consagró el himno de los estudiantes. Su letra es del peruano Gálvez y la música es de nuestro compatriota Soro. Antes se cantaba con frecuencia. Hoy casi no se escucha. No sé si es porque los estudiantes de ahora no saben cantar o por el prestigio de las nuevas marselesas. Uno de los animadores del congreso fué Baltasar Brum, más tarde presidente del Uruguay. De tendencias liberales e internacionalista de corazón, se inmoló en protesta contra la tiranía. Su gesto debiera ser recordado en las fastos estudiantiles.

*

De simple espectador de las actividades de la Institución Libre pasé a desempeñar, a mediados de 1913, mi primera «cátedra», en una escuela nocturna para obreros sostenida por la Federación de Estudiantes. Fué también mi hermano el que me presentó. Uno de los estudiantes que hacía clases de geografía e historia tuvo que suspender su asistencia por no recuerdo ahora qué motivo, y yo lo reemplacé. El personal docente apenas se recobraba de la impresión de una desgracia que todos lamentaban: el suicidio de Arturo Peralta, estudiante de Leyes de inteligencia sobresaliente. La escuela nocturna funcionaba en el mismo local de una escuela primaria pública si-

tuada en la Avenida Matta, entre San Francisco y Santa Rosa. Su director, don Arturo Besoain, era un hombre bondadoso, cuyos hijos lograron seguir carreras universitarias. Uno de ellos, deportista, era muy popular entre sus compañeros.

Esta primera escuela nocturna fué fundada en 1910 por Pedro León Loyola, entonces vice - presidente de la Federación de Estudiantes. Su presidente era Félix Corona, de Ingeniería. Al principio funcionaba en la calle San Ignacio esquina de Olivares. Después se trasladó al local de la Avenida Matta. En 1913, cuando sucedió la desgracia referida, era presidente de la Federación de Estudiantes Pedro León Loyola.

La escuela nocturna cerró sus puertas ese mismo año, pues cada escuela universitaria resolvió establecer una por su cuenta en barrios diferentes, con el objeto de ampliar su acción cultural entre la clase obrera. No se perseguía con ello ningún fin político ni sectario, pese a la influencia innegable que las logias ejercían en la Federación.

Al año siguiente se disolvía la Institución Libre y obsequiaba su modesta biblioteca de más de 300 volúmenes a la Federación de Estudiantes. Eran libros escogidos y figuraban en la colección algunos de los mejores autores franceses contemporáneos. Por eso nos dolió como cosa propia el saqueo del Club de Estudiantes el año 20, pues nuestros libros tuvieron que alimentar también la hoguera encendida con su biblioteca.

Las manifestaciones de repudio al nuncio apostólico Sibilia, en Abril de 1913, cerraron el primer ciclo de agitación estudiantil. Síntomas precursores del espíritu nacionalista exacerbado que debía precipitar la guerra del año 14 fueron las conferencias de dos catedráticos extranjeros en el aula universitaria. El primero, Guido della Valle, atrajo un numeroso público estudiantil. La última conferencia fué una verdadera desilusión. Aleccionado por los inspiradores de la reforma de la enseñanza secundaria, que habían logrado sus propósitos demolidores bajo el disfraz de una reforma renovadora y constructiva, el dúctil conferencista italiano supo envolver sus conceptos en una forma muy apropiada para la finalidad que se perseguía: exaltar al amparo de pretendidas tendencias realistas en la educación, los sentimientos de un nacionalismo expansivo y belicoso, como antídoto de las tendencias «intelectualistas», incapaces éstas de preservar a los estudiantes del triste destino de fracasados y amargados, incubador de males social.

El segundo conferencista, si bien llegó estando ya en plena conflagración el continente europeo, puede considerarse de todas

maneras como un precursor en nuestro país. El catedrático español Vicente Gay expresaba con más vigor aún estas tendencias de nacionalismo agresivo. Tampoco disimulaba sus simpatías por formas de gobierno monárquicas y dictatoriales. Mostraba muy a las claras las huellas de su estancia en Alemania, en una de cuyas universidades cursó algunos estudios; pero ni aun con el docto barniz germánico lograba disimular su falta de cultura real y la vulgaridad de su persona. Era también un instrumento adecuado para los fines que perseguía la tendencia practicista encarnada en la trinidad Galdames - Encina - Fernández Peña.

De toda la reforma sólo quedó como saldo positivo la introducción de los trabajos manuales en la enseñanza secundaria. Desgraciadamente, su implantación debía tropezar con la falta de medios económicos para obtener los frutos deseados. El experimento pedagógico puede considerarse como un fracaso, no tanto por la falta misma de medios materiales, sino por la falta de conexión orgánica con el resto de la enseñanza. La escasez de herramientas, la imposibilidad de conservarlas o darles el filo conveniente durante las poquísimas horas destinadas a trabajos manuales, privan de valor práctico a este ramo. Las condiciones anotadas provocan, además, la formación de hábitos contraproducentes, pues los alumnos se contentan con resultados mediocres, con la superficialidad, el «más o menos». No es trabajo serio y, como tal, no tiene valor educativo.

La primera guerra mundial concentró el interés de los estudiantes en las alternativas espectaculares del conflicto y paralizó durante varios años ese movimiento que ya se diseñaba en la Institución Libre. Sin embargo, no decayó el interés por la educación popular ni el «ir hacia el pueblo», aunque sin ningún contenido ideológico definido. Era una muestra de idealismo juvenil y de altruismo que, andando los años, y con el impacto de la Revolución Rusa, debía desembocar en los sucesos que señalan el apogeo del movimiento estudiantil y definen a la generación del año 20.

En aquellos años de guerra estudiaba ingeniería. Interrumpí mis estudios a fin de cumplir con el servicio militar. Lo hice voluntariamente, pese a la facilidad con que los jóvenes de la clase media lograban eludir la obligación. Entonces eran los jueces de letras los que eximían del servicio. Estos magistrados tenían la manga bastante ancha, porque la clase aristocrática rehuía el servicio militar, que consideraba útil sólo para los «rotos». Uno que otro joven de la clase media, poseído

de un patriotismo irrefrenable, se aventuraba, en calidad de «aspirante a oficial», a engrosar las filas de la conscripción.

El cuartel me abrió los ojos e inició el proceso en que una tras otra fueron desvaneciéndose las ilusiones sociales que se eslabonan en el sistema de opiniones recibidas. No fué una amargura de fracasado, puesto que soporté bien el duro régimen, incomparablemente más riguroso en aquellos años que hoy, y obtuve la primera antigüedad entre los ocho aspirantes. Me había preparado un año en el curso práctico de gimnasia del Instituto de Educación Física y Manual. Su fundador, don Joaquín Cabezas, secundado eficazmente por un grupo de médicos y especialistas entusiastas, estaba empeñado en formar profesores capaces de dignificar la enseñanza de los ramos técnicos en los liceos. Su oposición a la especialización atlética prematura y al deporte circense le valieron la impopularidad de los mercaderes del atletismo profesional clandestino. Es uno de los pocos hombres de nuestro país que ha sabido luchar contra la corriente.

Quince días antes de reconocer cuartel sometí a prueba mi entrenamiento. En compañía de tres estudiantes de ingeniería y de mi hermano, en total cinco, salvamos a pie, en veintidos horas cabales, la distancia de 99 kilómetros entre Santiago y Los Andes por la cuesta de Chacabuco. Era en realidad una proeza, pues los caminos no podían llamarse tales entonces. Espesas capas de polvo suelto y a trechos lodazales ocultaban las piedras traidoras que nos hacían tropezar y hasta caernos de noche. En la en aquellos tiempos tristemente célebre Calle Larga de Los Andes encontramos un coche desvalijado. Al llegar al próximo cuartel de policía, sedientos y cansados, a pedir un poco de agua, no encontramos a nadie. A nuestros golpes y «ah de la casa» en chileno algo más elocuente, apareció temblando el cuartelero. Pronto se repuso de su julepe y nos atendió amablemente. Había tomado a los cinco emponchados polvorientos por los bandidos que habían asaltado el coche y en procura de los cuales había salido toda la escasa dotación del cuartel. ¡Dichosos años de la vieja policía rural, en que los gordos comisarios de largo sable — me consta — iban a caballo con quitasol!

En la histórica Santa Rosa de los Andes cometí el primer sacrilegio de mi vida. De pie sobre la reja que guarda la estatua de la virgen en el cerro del mismo nombre, y estimulado por las muestras de aprobación de mis compañeros de viaje, dejé estampado en grandes letras a media altura del zócalo: «¡Viva

la Federación de Estudiantes!» Aún no me tortura el arrepentimiento precursor de ese cielo que me tienen prometido.

La chicha de Los Andes nos supo a gloria. Por cierto que Federico Carvallo, futuro presidente de la Federación, no hacía mohines a los vasos espumantes del dorado néctar criollo. Poco después iniciaba su vida de abstinencia rigurosa, a modo de expiación anticipada por su larga carrera de fabricante de licores. Es el único discípulo que le va quedando al doctor Fernández Peña. Claro es que Federico tiene otros títulos que lo hacen acreedor, como dicen los oradores, al aprecio y reconocimiento de sus antiguos condiscípulos.

Con mis «despachos» de teniente de reserva en el arma de ingenieros, reanudé mis estudios universitarios para iniciar el segundo ciclo de mis actividades estudiantiles y sociales.



Víctor Serge

EL VIEJO

IN MEMORIAM L. D. TROTSKY

TENÍA apenas cuarenta y cinco años y ya lo llamábamos El Viejo, como antes a Lenín a la misma edad. Lo cual quería decir, según el uso de la lengua popular rusa, el mayor en espíritu, el que merece más segura confianza. Tal fué el sentimiento que realmente inspiró a todos los que se le acercaron a lo largo de su vida: el de un hombre en quien el pensamiento, la acción, la vida «personal» formaban un bloque sin fisuras y que seguiría sin debilidades su camino hasta el fin; el de un hombre con el cual se podía contar plenamente en toda circunstancia, que no variaría en lo esencial, ni flaquearía en la derrota, ni retrocedería ante la responsabilidad ni ante el peligro, ni perdería la cabeza en la tormenta. Hecho para dominar las circunstancias, seguro de sí mismo, tenía un orgullo interior tan grande que lo hacía sencillo y realmente modesto: tenía el orgullo de ser un instrumento lúcido de la historia. En la prisión, en el destierro, en su cuarto de hotel de emigrado, en un campo de batalla, en la cumbre del poder, era, simplemente, con desinterés total, el que hace lo que es preciso hacer para ser útil a los hombres en marcha. Habiéndose convencido a temprana edad de que era capaz de serlo (a los 27 años, en 1905, fué Presidente del primer Soviet de Petersburgo), no dudaba ya de sí mismo, y eso lo hacía considerar la fama, los cargos de gobierno, el poder más absoluto, sin apego ni desdén, utilitariamente. Sabía ser duro, aún despiadado, con la actitud del cirujano que realiza una operación grave. El que escribió, durante la guerra civil y el terror, una frase como ésta: «Lo que hay de más humano en las revoluciones es la energía más grande», podría ser definido, si hubiera necesidad de definirlo, con la palabra: «realizador».

Dado a la investigación, a la contemplación, tenía un gran sentimiento lírico de la vida que lo acercaba a los poetas. Huyendo de Siberia, admiraba los campos nevados; en plena insurrección, medía el papel de la imaginación creadora en ese duro trabajo; rodeado de asesinos, en su soledad de Coyoacán, admiraba las asombrosas plantas de México, esos cactus que revelan al europeo una forma impresionante de la energía vital; abrumado por la locura de la mentira, en los debates de la

B A B E L

comisión Dewey sobre los procesos de Moscú, esbozaba la hipótesis del nacimiento de una nueva religión cuando terminen las revoluciones futuras y la humanidad se sienta fatigada de las luchas que le hayan abierto un nuevo porvenir. Era incrédulo, pero creía en el valor de la vida, en la grandeza de los hombres, en el deber de servir, y era más incapaz de dudar de estas cosas que de creer en las viejas creencias que tan pobre remedio son para la duda. La certeza de poseer la verdad lo hizo intratable hacia el fin de su vida, e hizo flaquear su espíritu científico. Era autoritario porque en nuestra época de luchas bárbaras el pensamiento que se convierte en acto se hace autoritario. Sin embargo, aunque en 1924-25 disponía de la fuerza, se negó a tomar el poder, estimando que un régimen socialista no podía recurrir a pronunciamientos sin entrar en complicaciones aun mayores (y en el fondo convencido, sin duda, de que si la historia impone faenas innobles, es preferible dejar que las hagan los que han nacido para ellas, y reservarse la defensa de un porvenir más lejano).

Nunca lo he conocido más grande, y nunca me fué más querido que en los miserables cuartos de obreros de Leningrado y de Moscú, donde, después de haber sido uno de los dos jefes indiscutidos de la revolución victoriosa, lo ví varias veces hablar durante horas enteras para convencer a unos cuantos hombres de la fábrica y de la calle. Era todavía miembro del Comité político, y estaba a punto de perder el poder y probablemente la vida (cosa que sabíamos todos tan bien como él y de la cual me habló en una ocasión). Creía llegado el momento de conquistar una a una las conciencias de los proletarios — como antes, en la ilegalidad del antiguo régimen — para salvar o crear una democracia revolucionaria. Lo escuchaban treinta o cuarenta rostros de obreros y alguna mujer sentada a sus pies sobre el piso lo interrogaba y pesaba sus respuestas... (1927). Sabíamos que nuestra probabilidad de ser derrotados era mucho mayor que la de vencer; pero eso también sería útil. Sin nuestra valerosa derrota, la revolución estaría cien veces más vencida.

Su personalidad era una realidad excepcional sólo en un plano común, de vida colectiva. Todos los rasgos de su carácter, de su espíritu, de su visión de la vida pertenecían, desde hacía más de medio siglo, a la inteligencia revolucionaria rusa. Los tuvieron decenas de millares de militantes, y los tenían muchos de los que luchaban a su lado — sin excluir de esta multitud a buena parte de sus adversarios. Como Lenín y como algunos hombres a quienes el azar del combate hizo menos ilustres o

dejó en la obscuridad, no hacía sino llevar ese carácter de varias generaciones a un altísimo grado de perfección individual. Esas generaciones que lo habían engendrado y formado vivían en él, y la suya, producida por las mismas circunstancias históricas, era, en conjunto, idéntica a él, aunque individualmente sus miembros fuesen, en una u otra forma, inferiores a él. Al escribir estas líneas tengo ante mis ojos tantos rostros, tantos nombres, que veo en ellos una verdad innegable: ha habido que destruir enteramente esa generación para rebajar el nivel de nuestro tiempo; se anticipaba demasiado al hombre de mañana, y, fué separada entonces de la mayoría tan pronto como la multitud aspiró al reposo.

El fin de su vida fué un drama de soledad. Se paseaba apresurado, solo, en su gabinete de Coyoacán, hablándose a sí mismo. (Igual que Tchernichevsky, el primer gran pensador de la inteligencia revolucionaria rusa, que, trasladado del Yakout donde había pasado veinte años prisionero, «se hablaba a sí mismo mirando las estrellas»—según informaban sus guardianes). Un poeta peruano le llevó un poema titulado «Soledad de Soledades», y el Viejo se lo hizo traducir palabra por palabra; impresionado por el título, lo encontró muy hermoso...

Solo, así, seguía discutiendo con Kamenev fusilado: varias veces se le oyó pronunciar ese nombre. Aunque estaba en la plenitud de su poder intelectual. Sus últimos escritos no valen ni con mucho lo que sus obras de otra época. Con frecuencia se olvida que la inteligencia no es un don individual. ¿Qué había sido de Beethoven desterrado entre sordos? La inteligencia de un hombre, aunque sea de genio, necesita respirar. La grandeza intelectual de Trotsky estaba en función de la de su generación. Necesitaba el contacto inmediato de hombres de su mismo temple espiritual, capaces de comprenderlo apenas enunciaba una idea, de oponerse a él en un mismo plano. Necesitaba a Bujarin, a Piatakov, a Preobrajenski, a Racovski, a Ivan Smirnov, necesitaba a Lenín para ser plenamente el que era. Ya entre nosotros, más jóvenes, y aunque había entre los de nuestra generación cerebros y caracteres como Eltsin, Soltsen, Iakovin, Dingaelstedt, Pankratov (¿viven? ¿han muerto?), no podía estar en pie de igualdad: nos faltaban diez años excepcionales de experiencia y de pensamiento. Algunas de sus ideas más fecundas han sido expresadas en simples cartas de discusión, como casi todo lo que concierne a la teoría de la revolución permanente.

Lo mataron en el momento preciso en que el mundo moderno entraba por los caminos insensatos de la guerra a una nueva fase de su revolución permanente. Lo mataron precisamente por eso, porque podía volver de nuevo a ser realmente demasiado grande si entraba en contacto con la tierra y la gente de Rusia cuya intuición poseía en grado extraordinario. Se habían encarnizado primero en matar su leyenda, una leyenda épica fundada enteramente en la verdad.

La lógica de su pasión y de los errores secundarios de ella derivados, también contribuyó a matarlo: para conquistar y tratar de formar, una vez más, una conciencia de hombre oscuro, que no existía, que era sólo simulación y perfidia, dejó entrar a alguien en el cuarto de su soledad, y ese alguien, ejecutando un orden, lo hirió por la espalda mientras se inclinaba sobre un manuscrito insignificante. La picota hizo en su cerebro una herida de siete centímetros de profundidad.



LA FAMILIA DECLERC

JULES DECLERC está en la guerra desde el mes de Noviembre último; tiene cuarenta y cinco años, y de ordinario era inspector de tranvías. De ser simple soldado, hubiera permanecido con su clase, lejos, en la retaguardia, en un puesto auxiliar. Mas para desgracia de su mujer y de sí mismo, es sargento y fué enviado al frente. Hoy sus galones le cuestan caros, al decir de su mujer. Las primeras semanas las pasó casi por completo en medio de los combates; luego estuvo en las trincheras y en estos últimos meses delante de Toul.

La señora Declerc es una hermosa mujer de rostro fresco, rasgos finos y cabellos grises. Espera a su marido, licenciado por cuatro días; lo espera silenciosa, obstinadamente. Su vecina, la señora Richard, repartidora de pan, también espera al suyo, pero Richard fué derribado por una bala perdida a la distancia, detrás de la línea de fuego, en vísperas de su regreso a la casa.

Al tercer mes de la guerra, comenzaron a agotarse sus escasos ahorros y la señora Declerc empleó de sirvienta; así, de pronto, el cuidado de su propio hogar pasó a segundo término. Los niños como van a la escuela reciben allí una comida. Durante las tres últimas semanas, Marcelo, el hijo mayor de doce años, pálido debajo de su negra gorra, pregunta a diario a su madre, al volver del colegio: «¿Ha llegado papá?» y escucha continuamente la respuesta que no... pero, seguramente, pronto, de un día a otro.

La señora Declerc ha recibido de París una carta de su hermana mayor, que le anuncia la muerte de su hijo. Tenía veinte años, se había casado en Abril y partido a la guerra en Agosto. «Ah, qué buen muchacho era. No se parecía a ninguno...» — dice la señora Declerc llorando a lágrima viva. «Mi hermana caía enferma con frecuencia y el niño pasó algún tiempo en casa; lo queríamos como a un hijo.» Fué herido en la cabeza por una esquirla de granada y, al parecer, levemente; uno de sus amigos lo condujo a un puesto de auxilio. En aquel justo momento estalló un obús que hirió al amigo y mató al herido. «Es imposible olvidarlo, señor, no se parecía a nadie...»

Al día siguiente de llegar la noticia de la muerte de Richard, la señora Declerc fué al trabajo un cuarto de hora más tarde y, excusándose, explicó a su patrona: «Señora, es que no hemos dormido anoche nosotras.» «Nosotras» eran las demás, las que ya eran viudas y las que vivían temiendo perpetuamente la viudez. Se reunían por grupos en casa de cada nueva viuda o junto a cada madre privada de su hijo, para pasar la noche con ella, recordar y llorar; la mayoría, de luto, llevaban sobre el pecho medallones con retratitos del marido o del hijo. Juntas se quejaban de su desgracia, de su fatalidad, de la universalidad de su dolor y a la mañana siguiente retornaban al trabajo.

En esta atmósfera de angustia, de noches en vigilia y de trabajo, la señora Declerc aguarda silenciosamente, obstinadamente a su marido. «No, no, se dice en los momentos de desesperación, ningún hombre volverá de la guerra, ninguno.»

A fines de Octubre el pálido Marcelo, enfundado en su largo sobretodo que aun le servirá el año próximo, vuelve a las cinco de la tarde de su escuela, caminando por la ancha calle, cuando de pronto el pequeño vendedor de legumbres le grita: «Corre, tu padre ha llegado.»

Las palabras le suenan en los oídos y corre apartando con sus piernas flacas los faldones interminables de su sobretodo. «Marcelo, ha llegado tu padre», le grita la señora Richard cruzando la calle. Marcelo, completamente pálido, hace una rápida seña con la cabeza y, con la mano manchada de tinta en el pecho, continúa corriendo. El frutero, el hombre más gordo de Sèvres, está en el umbral de su puerta (su peso lo ha salvado del servicio militar) y al ver como corre Marcelo le grita animándolo: «Apúrate, tu padre te espera.» Marcelo quisiera correr más ligero; pero no le es posible; su corazón late con violencia, sus oídos le zumban y sus piernas no dan más. Lloro dulcemente, aprieta sus dedos manchados de tinta contra el pecho y murmura: «Aquí estoy, papá, aquí estoy, querido, querido papá, aquí estoy...» Lloro y reúne sus últimas fuerzas para subir corriendo la cuesta.

El sargento Declerc, en efecto, ha llegado al fin con cuatro días de licencia.

Como a los otros, se le ha enviado a hacer durante cien horas vida de familia, vida pacífica, a condición de regresar el día establecido. En plena noche los licenciados de todas las

armas ascendieron a un tren sombrío, sin luz, detenido a algunos kilómetros de la línea de fuego; agotados se sentaron o acostaron en los bancos o en el piso y poco después se durmieron mecidos por la rítmica cadencia de los vagones en marcha. Más tarde, en las estaciones de control, se agruparon en pequeños núcleos por «país». Momentáneamente los lazos del frente quedan rotos y se restablecen los regionales; se conversa en *patois*. Cuanto más se alejan del frente, más les aturde la tranquilidad. Declerc con el grupo mayor baja en París.

A su arribo a la casa, su mujer se hallaba en el trabajo, Marcelo en la escuela y los dos pequeños, vigilados por la hermana mayor, estaban solos. El sargento abrazó a los niños, lanzó una mirada en torno suyo y sintió en su interior cierta alegría mezclada de asombro. La señora Declerc volvió a la casa, ignorando todo, rendida de creer y esperar. Cinco minutos después del feliz encuentro una angustia lacerante se apoderó de ella; dentro de cuatro días su esposo estaba obligado a regresar al frente.

El sargento, muy tranquilo, no se queja de nada y su mujer se admira y espanta. Tiene la impresión de no encontrar el camino de su corazón y el carácter efímero de la entrevista se le hace más doloroso; se creería en la encrucijada de dos vidas divergentes. Declerc es muy sobrio, pues no solamente no ha pedido dinero una sola vez, sino que por el contrario, ha ahorrado parte de su sueldo de sargento y trae a la casa una pequeña suma además de regalos para los niños.

Tranquilamente, como ensordecido aun por la quietud que lo rodea, describe las trincheras alemanas, tan próximas a las de ellos que se podía conversar al atardecer de una línea a la otra sin elevar la voz casi. Pero estaba prohibido... No se ve el fin de la guerra, es decir, no se ve en los acontecimientos ningún indicio del fin.

Con voz tenue y lejana — su mujer no le conocía una voz semejante — el sargento describe las granadas de mano y las minas; los gases asfixiantes y los líquidos inflamables, las alambradas... y la señora Declerc lo escucha con los ojos fijos, creyendo apenas que tiene ante sí a su viejo Julio y que él haya podido vivir y obrar así; de cuando en cuando ella lo coge por la manga, diciendo: «No, no te veré ya jamás; nunca más volverás a verme.» El sargento no confirma ni niega; se alisa con dulzura el pelo encanecido prematuramente y mira de soslayo.

Ya en la obscuridad Marcelo escucha una conversación de ese género; como un pobre y débil perrito sube a las rodillas del padre, toma una de sus gruesas manos entre las suyas y se pone a acariciar esa querida y tosca mano con expresión tan indefinible de desesperación callada que algo cálido moja los dedos del sargento.

Al otro día, Declerc bien lavado y perfectamente afeitado, visita a sus familiares y amigos. Las mujeres lo asedian con preguntas perturbadoras sobre la guerra y su fin como si él pudiera dar en seguida una respuesta decisiva. A cada interrogación Declerc se turbaba recordando las instrucciones del capitán en el momento de partir con «permis»: No decir nada. Y él respondía en forma evasiva: «Esperamos»; evitando las miradas de sus interlocutores. Las mujeres sacudían la cabeza y callaban.

Los cuatro días pasaron veloces. He aquí al sargento Declerc y a su mujer sentados lado a lado en el vagón. Ella lo acompaña hasta París prendida de su brazo y lo mira dulcemente en los ojos. Una ternura aguda anima su mirada y sus dedos. El se halla ensimismado, distraído, al parecer. Responde brevemente, con un tono de indiferencia casi y mira todo por la ventanilla.

Sólo a ratos cuando sus miradas se cruzan una sonrisa de agradecimiento se desliza por su rostro y desaparece. No quiere ceder a la emoción; con el pensamiento se halla ya lejos.

En París hay que ir a la estación del Norte. Allí le sellan la tarjeta de licencia y de nuevo Declerc está alistado, detalle ínfimo, en la gran máquina de la guerra; Sèvres, su mujer y Marcelo están para él cubiertos por una cortina de humo. Con aire distraído dice adiós a su mujer ante las miradas de los otros licenciados y sentado con ellos en su compartimento se halla de nuevo sumergido, cuerpo y alma, en la atmósfera de la zona de guerra.

Madame Declerc ha guardado en el armario su vestido de los domingos, su sortija y su cadena que se había puesto para su marido y recomienza el ascenso de los ciento cuarenta escalones de la cuesta para ir al trabajo. Y transcurridos algunos días ya no le quita el ojo al cartero. Las noticias sombrías se suceden. El dueño del rico almacén de la esquina ha muerto; su empleado está herido; el hermano menor del patrón de la juguetería perdió una pierna. Cada vez las mujeres de luto se reúnen con mayor frecuencia de noche y son ya setenta los que nunca regresaran más a Sèvres.

Marcelo lleva cuidadosamente la gorra nueva que le han hecho con el viejo kepi del sargento. Después de la partida de su padre sus párpados han permanecido mucho tiempo rojos y sus oscuras ojeras son más profundas que nunca.

Sèvres, Noviembre 1915.



NUEVO HISPANISMO

LA SEGUNDA República Española y aquel proceso intelectual que la ganó a la buena en más de una década, para perderla, malherida, en menos de otra, produjo a su tiempo un nuevo hispanismo que aun no ha sido estudiado como se merece, a causa de que fueron precisamente sus verdugos quienes acabaron por detentar el poder en la Península. Sin embargo, este nuevo hispanismo tiene ya una inmensa literatura que poco a poco se va incorporando a nuestro idioma.

Intentaré aquí el recuento apenas de algunos libros y textos fundamentales. En primer término, «España, país de revoluciones», un estupendo artículo de Jean Cassou, escrito el mismo mes de Julio de 1936 para un semanario de París. Por su estilo dicho artículo es comparable a la elocuente declaración de Thomas Mann: «Estoy con el pueblo español» y al angustioso llamado sin eco de Waldo Frank a León Blum. En verdad, el visionario autor de *Virgin Spain* prefigura desde hace un cuarto de siglo el nuevo tipo de hispanista militante que, contra el clásico erudito barbón apegado a la letra muerta del Quijote, viene a ser el moderno escritor andariego en busca de su espíritu inmortal. «Rocinante vuelve al camino» llámase justamente un libro anterior de John Dos Passos, que durante la guerra civil escribe otro, periodístico, bajo el título de «Tierra de España», tierra que cubre asimismo al héroe de su novela: «Hombre joven a la ventura».

Por su parte, Ilya Ehrenburg logra en su libro, «España, república de trabajadores» una definición memorable del suelo y de sus habitantes, que después confirma en sus crónicas de la guerra: «... España son veinte millones de Quijotes harapientos, unas rocas estériles y una amarga injusticia en las canciones melancólicas como el susurro de las hojas secas del olivo.» ... «España es la bondad, la compasión, el humanitarismo. Es un gran país que supo conservar el ardor juvenil, a pesar de todo el esfuerzo de los inquisidores y de los parásitos, de los Borbones, de los tramposos, de los abogados, de los ingleses, de los asesinos profesionales y de los rufianes titulares.»

El quijotesco ademán con que Madrid detuvo al fascismo a sus puertas durante tres mortales años multiplica desde luego aquel tipo de hispanista en toda Europa. Es André Malraux que lleva como gufa en un vuelo de reconocimiento a un campesino de Teruel y lo incorpora para siempre al mejor capítulo de su novela «La Esperanza»; es Arthur Koestler, que preso en la zona facciosa como periodista y condenado por su libro «España

ensangrentada», medita en una prisión de Sevilla su cuasi póstumo «Testamento español» para el diario londinense que había de salvarle la vida; es Jef Last que deja mujer e hijos en Holanda para sumar su esfuerzo al de «los chiquillos» guerrilleros tan admirablemente descritos por él en sus «Cartas de España»; es Gustav Régler, que tras de recibir su bautizo de fuego en la misma línea donde sucumbió el brigadier general George Lucasz, escritor también, narra en «La Gran Cruzada» su trágica experiencia de comisario político; es (descubrámosnos) Ralph Fox, que muere luchando en el frente de Córdoba después de anotar en la crónica postrera de un libro inconcluso su indignación contra el gobierno lusitano: «por haber permitido que en su territorio se organizase uno de los crímenes más enormes que registra la historia: el golpe de fuerza de unos generales en connivencia con dos poderes extranjeros para imponer a España una forma de gobierno que el pueblo rechaza decididamente.»

Muchos otros libros y autores merecen mención dentro del hispanismo de nuevo cuño por su interés en la historia viva de la Península: «El Olivar» y «La 43ª División» de Ralph Bates; «¡España, España!» de Jean Richard Bloch; «Extranjeros en España» de Rudolf Rocker»; «Testimonio español» de Andre Chamson; «Homenaje a Cataluña» de George Orwell; «No la paz sino la espada» de Vincent Sheean; «Vida y muerte de una aldea española» de Elliot Paul; «Detrás de las barricadas» de John Langdon Davies; y, sobre todo, «Por quien doblan las campanas» de Ernest Hemingway, que ha escrito además: el guión para una película contra el feudalismo andaluz; un volumen de crónicas para la colección titulada *Fact*, de Londres; una comedia policíaca bajo el signo entonces nuevo de «La quinta columna» y un par de cuentos de la guerra en Madrid: «La capital del mundo» y «Un viejo en el puente», que un crítico implacable como Edmund Wilson considera dos pequeñas obras maestras.

Se impone pues, la edición de una gran antología en español con las mejores páginas que han aparecido acerca de la Península en los últimos veinticinco años y en lengua extraña. Un hijo de Brooklyn cuya estirpe no es preciso aclarar, Prudencio de Pereda, encabeza un volumen así, editado en Nueva York por Edwin Seaver. Su extenso relato de la postguerra en España lleva el significativo título de «Resurrección» en inglés. No es por cierto la única sorpresa que puede revelarnos el nuevo hispanismo. Ahí está, verbi gratia, la del verso inspirado en su agonía eterna, que culmina en el magnífico poema *Spain, 1937* de W. H. Auden, para no abundar en más nombres.

E. E.

B a b e l

H A P U B L I C A D O :

DE ENRIQUE ESPINOZA

La Escuela de Sarmiento (N.º 13); «*Don Alberto Blest Gana*» (N.º 14); *Los escritores frente a León Trotsky* (N.º 15 - 16); *El diario, la revista, el libro* (N.º 14); *La reconquista de Hudson* (N.º 18); *Heine y Marx* (N.º 19); *El regreso de Horacio Quiroga* (N.º 20); *La guerra y los intelectuales* (N.º 22); *Una amistad ejemplar* (N.º 23); *B. Sanín Cano* (N.º 24); *Resistencia o sumisión* (N.º 25); «*Mester de Judería*» (N.º 26); *Silone y el amor a la verdad* (N.º 27); *Colofón* (N.º 28); *Martí ahora* (N.º 29); *El mito y la historia* (N.º 31); *Conciencia histórica* (N.º 34); *Homenaje a Eugene Dabit* (N.º 35); *Reconocimiento argentino* (N.º 36); *Un gaucho danés* (N.º 38); *La tragedia de Walther Rathenau* (N.º 39).

DE GONZALEZ-VERA

La voz en el desierto (N.º 17); *Buenos Aires, ida y vuelta* (N.º 20); *Esbozo de Mariano Latorre* (N.º 21); «*La incógnita*» (N.º 22); *Escala mística* (N.º 23); *Buscadores de Dios* (N.º 24); *Certificado de supervivencia* (N.º 25); *El terremoto* (N.º 27); *Estudiantes del año 20* (N.º 28); *Presentación de Euclides Guzmán* (N.º 29); *Extraño expropiador* (N.º 30); *Gabriela Mistral* (N.º 31); *La copia* (N.º 33); *Mis relaciones con la religión* (N.º 35); *Vicente Pérez Rosales* (N.º 36); *En el Club de Septiembre* (N.º 38); *Aprendiz de barbero* (N.º 38).

DE MANUEL ROJAS

Ensayo de la mañana (N.º 13); *Deshecha rosa* (N.º 14); *El último combatiente* (N.º 15 - 16); *El animismo de Hudson* (N.º 18); *El cuento y la narración* (N.º 19); *España otra vez* (N.º 22); *Versos para la revolución de Octubre* (N.º 24); *Antólogos y antologías* (N.º 25); «*¡Paz en Europa?*» (N.º 27); *Recuerdos de Gómez Rojas* (N.º 28); *El socialismo y la libertad* (N.º 30); *Nocturnos* (N.º 32); *Diez años* (N.º 34); *Hans Steffen y la lealtad* (N.º 37); *La literatura y el hombre* (N.º 38).

DE LUIS FRANCO

Wall Whitman, el pionero (N.º 13); *Participación argentina* (N.º 14); *Vida y muerte de Trotsky* (N.º 15 - 16); *Hudson en la Pampa* (N.º 18); *Bocacalle del mundo* (N.º 19); *Pasado y porvenir* (N.º 21); *Hacia lo venidero* (N.º 23); *La poesía del hombre nuevo* (N.º 30); *El estado, negación del hombre* (N.º 32); *Don Paquito* (N.º 34); *Tierra nuestra* (N.º 35); *San Martín y un testimonio chileno* (N.º 36); *Construiremos la Nueva Babel* (N.º 39).

DE ERNESTO MONTENEGRO

Oh, capitán!, mi capitán! (N.º 13); *Trotsky, maestro de conciencias* (N.º 15); *Hudson, novelista de la naturaleza* (N.º 18); *Integridad de Baldomero Lillo* (N.º 22); *La cuestión judía* (N.º 26); *A buen Sarmiento, mala podadera* (N.º 31); *Los dos pontífices* (N.º 33); *Los «Recuerdos del pasado»* (N.º 36); *Algunos amigos menos* (N.º 38).

BIBLIOTECA

DE NOVELISTAS

ULTIMAS OBRAS

LAS BODAS DE MAGDEBURGO, por Gertrudis von Le Fort. Una novela que plantea el problema de la guerra justa e injusta, realizada con un arte en que el interés humano y la evocación histórica van al mismo paso. \$ 45.

EL VIENTO EN LAS RUINAS, por José María Souvirón. Novela de nuestros días de angustia, de incertidumbre y de lucha. El autor presenta la sociedad de nuestro tiempo en una exposición audaz, fiel y mesurada. \$ 40.

LEVIATAN, por Julien Green. Una obra maestra de las letras francesas revelada a la lengua hispana en una esmerada traducción. Obra de introspección profunda que desnuda cruelmente a cada uno de los desconcertantes personajes que la animan. \$ 50.

MONSIEUR QUINE, por Georges Bernanos. Parece que el autor hubiese proyectado con la lente de su ingenio toda la violencia de la pasión humana en el foco minúsculo de una aldea francesa. \$ 40. De lujo, \$ 60.

EL VELO DE VERONICA, por Gertrudis von Le Fort. Segunda edición. Una confesión personal engarzada en el marco soberbio de la Ciudad Eterna y que parece señalar «el camino de un alma hacia la verdad absoluta». \$ 30. De lujo, \$ 50.

LOS HERMANOS KARAMAZOV, por Fedor Dostoyevski. Disección despiadada del alma humana contemporánea, entregada al juicio de los tiempos y de las generaciones por el genio de su autor. \$ 35. De lujo, \$ 80.

SERVIDUMBRE HUMANA, por Somerset Maugham. Una obra que ha llegado a todos los públicos y en casi todas las lenguas, consagrada por el cine, por la crítica y por el prestigio de su autor. \$ 60. De lujo, \$ 100.

LA GUERRA CON LAS SALAMANDRAS, por Karel Capek. El creador del «robot», nos muestra en esta novela, de singular originalidad, toda la fuerza de su imaginación y la modacidad de su sátira. \$ 50.

LA BUENA TIERRA, por Pearl Buck. La intimidad de un pueblo milenario entregada a la cultura de occidente por la pluma de una escritora consagrada por el Premio Nobel. \$ 30.

DOS PRISIONEROS, por Zilahy Lajos. Páginas recias en las cuales giran en torbellino furioso las fuerzas del odio, del sufrir y del amor. Una obra de recuerdo perdurable por la violencia de sus sentimientos. \$ 60.

DIRIGE HERNAN DEL SOLAR

PRECIO EN EL EXTERIOR:

Calcúlese U. S. \$ 0,03 por cada peso chileno

*En todas las buenas librerías. Para Chile remitimos
contra reembolso sin gastos de franqueo para el comprador*

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S.A.

Casilla 84-D.

Santiago de Chile